

97
22

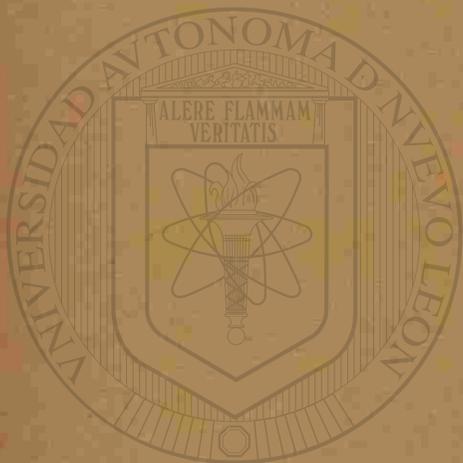
LABALLON

L'ARROSCURU

PQ7297
.C4222
C5



1020028188



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas 03874
Núm. Autor 3324
Núm. Adg. 1
Procedencia ---
Precio ---
Fecha ---
Inscripción ---
Catálogo ---

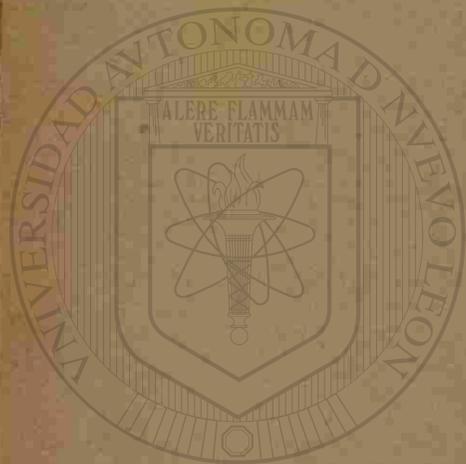
Handwritten signature



CLARO-OSCURO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CIRO B. CEBALLOS.

Claro-Obscuro

UANL

El vicio y la virtud son productos
como el vitriolo y el azúcar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esquina al Coliseo Viejo y Callejón del Espíritu Santo núm. 7

MDCCCXCVI

098352

33248

863
C.

PQ7297
C4222
C5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

281-87
R3366

PARA AMADO NERVO.

UN DESENCANTO.

I

Desde la cumbre de la montaña el paisaje era encantador.

Veíase abajo un caprichoso apilamiento de tejados negruscos, trojes, domos y vetustas torrecillas, velas giratorias, aspas de molino movidas por el aire, y, perdiéndose en la lejana serranía los inmensos trigales salpicados de puntos rojos por las amapolas que se mecían blandamente en las espigas.

Era muy pintoresco el pueblecito.

Los hombres trabajaban con ardor en la labranza ó las queseras, no codiciaban riquezas ni conocían sus fueros políticos, hollaban los campos cabalgando en ágiles corceles, cazaban garzas ó patos silvestres en

las lagunas, y fieras en el bosque de sabinos: eran felices; arruinaban al físico con su excelente salud, querían bien á las esposas y llegaban á patriarcas rodeados de hijos cariñosos y alegres nietezuelos: eran las hembras bonitas y piadosas, de hábitos modestos y sensibilidad superior, desconocían el lujo y la coquetería, amaban el hogar, á la Madona que acogía propicia sus plegarias, á los niños huérfanos y al novio rústico que en las noches de plenilunio cantaba trovas al ventanillo.

Producía el pueblo las uvas riquísimas de sus viejos emparrados, quesos alimenticios de elaboración primitiva, el trigo que, convertido en pan, vomitaban por sus bocas de lumbré las humeantes tahonas, aceitunas de sus olivares, el fruto de los manzanos ó perales, y flores, ¡muchas flores! Habíais de ver en Mayo aquel vergel, rosas, claveles, margaritas, lirios enfermizos, cerúleas campánulas, violetas, acacias de rosáceo pompón, azucenas cloróticas y azahares pudibundos.

Las calles eran mal pavimentadas, y los edificios todos con exiguas ventanas en cuyos barrotes de hierro se enroscaban como serpientes las enredaderas: los domingos, la gente moza, vistosamente engalanada, bailaba en la plaza principal: allí se iniciaban los castos amores, conjugábase el verbo amar al compás de las fanfarrias de la música y el piar de los pajarillos que parloteaban tendida el ala en los ramajes.

Cuando la campana mayor de la torre parroquial lanzaba á la puesta del sol el gemido de su lengua broncínea anunciando las oraciones, invadía todo una calma de abadía; veríais iluminados los visillos de dos ó tres balcones, algún trasnochador que, cobijado en gruesa manta, apresuraba su paso en la calleja; escucharíais en el establo el mugir de una vaca parturienta, el furioso ladrar del vigilante mastín que presiente algún intruso, el canto de un gallo despabilado, la serenata de un felino en los tejados, ó el eco triste de una canción de amores perdida entre las sombras.

La autoridad civil estaba representada por un alcalde campechano y malicioso que decidía los pleitos de sus gobernados como el famoso Escudero los de la Ínsula Barataria, y medraba haciendo rabiarse á la alcaldesa con sus instintos mujeriegos: la medicina llevó á un doctor materialista, jacobino y revolucionario, promotor de discordias y zambras en la época electoral, buen sujeto en el fondo, amigo de los maridos y que había asistido en sus alumbramientos á todas las madres en diez leguas á la redonda: para que nada faltase, el progreso, que en todas partes asomaba por las narices, edificó unas aulas, y revistió con el severo magisterio de mentor á un anciano dómine, de fisonomía bíblica, convicciones obscurantistas y austeras costumbres, una especie de inquisidor pedagogo, famoso desbravador de niños que á fuerza de ayunos, palmetas, tirones de orejas y rudos puñetazos había convertido al menudo elemento en un hato de carneros.

II

Desde tiempo atrás padecía la bella Conchita, languideces y melancolías que habían puesto de un sempiterno mal humor al buen papá.

El farmacéutico revolvió inútilmente sus polvorientas redomas preparando fórmulas, y el médico acabó por reconocer la impotencia de su saber ante la traidora enfermedad que á ojos vistos destruía la salud preciosa de la niña.

Y no había razones que satisfactoriamente explicasen los acerbos padeceres de Conchita; era rica, la más linda de la comarca, amábanla todos con ternura, y su rostro oval, seráfico, novelescamente bello, con nostálgicas pupilas verdes y ornado de soberbios bucles de caoba, traía á mal traer á todos los jovencuelos del lugar.

¿Por qué sufría, si el garbo de su andar, la albura de su seno y el tono niveo de su piel habían quitado el sueño á más de un apuesto varoncito de veinte años?

¿Quién lo sabe!

Ello es que el dolor minaba incansable esa alma buena, y á solas, en su alcoba de soltera le asaltaban como malignos diablillos, rubores de castidad ofendida, angustias inconscientes, extrañas rebeliones y ganas de llorar mucho, como cuando era niña y le pegaban.

Observadla en el paseo vespertino.

No le conmovía el mágico esplendor de esos adorables crepúsculos del trópico, caminaba pensativa, ensimismada como una romántica de novela, con la indiferencia del maniático atenaceado por la idea que le obsesiona....

Las aves buscaban el nido modulando fervorosas insólita oración, desmayábase la luz tras los agudos crestones de la agreste cordillera, cabrilleaban los rayos de la luna en

la superficie acerada de los lagos, fingiendo radiaciones lívidas, llamadas fosfóricas de plata ó vapores de opalinas transparencias; y ella, Conchita, absorta, desdeñosa del paisaje augusto, hundía los menudos pies en el follaje, su mirada perdíase ansiosa en las cobrizas lejanías ó contemplaba con fijeza el celaje tramontano iluminado con fulgor de hoguera por el astro fugitivo; á veces deteníase como la corza que columbra al cazador en la espesura, y escuchaba con atención quizá esperando que el viento le llevase en su himno de selváticos rumores, ecos de músicas ignotas, visiones del país de las quimeras, perfumes de rubias lontananzas, de estrofas de amores y de besos....

III
 ALERE PLAMMAN
 Era toda una historia.

El poema de dos vidas perdiéndose en las añoranzas infantiles, evocado entre recuerdos muy lejanos, nacido en las intimidades del colegio, transformado á los doce años, convertido en drama, en tragedia casi, á los dieciocho.

Una tarde, la víspera de que él marchase á la ciudad, hablaron mucho, su mutua timidez de adolescentes desapareció ante la proximidad de una separación, tocáronse las sedientas bocas en la inconsciencia voluptuosa de una nueva sensación revelada en la queja doliente de un suspiro; el primo juró como un romano, pidió el amor con elbuencia arrebatada, y al oír el ansiado monosílabo, cayó de hinojos embriagado en el deleite de su dicha.

Lloró ella, experimentó alegrías desconocidas hasta entonces, abandonóse á las caricias orgullosa y feliz al saber que era mujer, agradeciendo el vasallaje varonil que le rendía su enamorado.

Prometieron quererse eternamente, forjaron un paraíso de proyectos para el porvenir, y sufrieron con tranquilidad la ausencia, ese polvo de tumba que encanece las grandes afecciones.

Fuéle ella fiel considerándose su prometida, esperó con impaciencia acariciando dulcísimas esperanzas, y cuando regresó el ausente, en vez de cumplir su compromiso, ocurriósele abandonar el mundo para hacerse cenobita!

Y no había modo de empeñar combate y arrancarlo de las mayas sutiles de la tela de araña que le hacía cautivo. ¡Nunca paseaba! dominábale ascética huronería, encerrábase en su cuarto, y allí se daba á leer aquellos librotos con pastas de tafilete ó amarillos pergaminos que le habían trastornado la cabeza como

al manchego aventurero los de las caballerías.

¡Ingrato!

Defraudaba sus ensueños de novia, huía como un insensato de la ventura, abandonando la vida rural provechosa y saludable para suicidarse lentamente en un convento.

No: él no se pertenecía á sí mismo, encadenábanlo á ella juramentos irrompibles, era preciso empeñar la lucha, vencer con las armas gloriosas de la mujer, á costa de todo. . . . ¡súplicas. . . .! ¡lágrimas. . . .! ¡violencias. . . .! ¡lagotearía. . . .! ¡sería coqueta. . . .!

IV

Apateció el sol sobre el hielo de los volcanes como una corona de fuego, desflorando raudales de oro en el piélagó sidéreo y colorando de purpura las nubes errabundas.

Poblóse la atmósfera de perfumes, de auras, de trinos y de alas, la ola luminosa maculaba, dorándolos, setos, bosques, siembras, caseríos, terruños y campiñas; encaminábanse al trabajo los labriegos, relinchaban los caballos erizando el fleco de sus crines al olfatear las yeguas que pacían en las llanuras; sobre el camino, una caravana de pesados carromatos rodaba en los guijarros al paso perezoso de los bueyes, y en el césped, húmedo aún, comenzaba sus labores un mundo microscópico: hormigas atareadas arrastrando con titánicos esfuerzos una panoja de ce-

bada, ceguezuelos topos trastrabilleando en el zacate, astutas lagartijas bebiendo la luz en sus terrosas bocas entreciertas, ó pacientes escarabajos que rodaban en las verdaderas bolas de estiércol cuidadosamente redondeadas.

En los jardines aleteaban pintadas mariposas, un enjambre de abejas incansables besaba las corolas para llenar de ambarina miel las cerosas celdillas del panal, ejércitos de moscos zumbaban entre las moreras de la hilandería, y las rosas caían desfallecidas en sus tallos espinosos.

La esquilita de la iglesia llamó á misa con premura.

Picaba el sol, y las viejecitas, con la camándula arrollada en la muñeca, corrían temerosas temiendo no llegar á tiempo al oficio religioso.

Conchita, de bracero al bachiller, encaminábase al templo, hablaba mucho agitando las manos con calor, acercaba la carita sonrosada á la ascética del santurrón y reía burlescamente hablando de algo que le hacía palidecer.

Ya en la nave, colocóse á sus pies como una cierva, acercósele para embriagarlo en el olor de sus cabellos de mujer recién bañada; al inclinarse, enseñó el nacimiento de una nuca marfilina, los traviesos ricitos que en ella se enredaban, la turgencia del cuello con blancor de azúcar, el arranque provocante de su seno virginal, transparentado á través de la indiscreta muselina del amplio peinador. . . .

El teólogo no rezó la misa con fervor, ni cayó de rodillas propinándose furiosos golpes en el pecho cuando repicaba el monaguillo; salió ebrio, tambaleándose, estrechando con furia el redondo brazo que le abandonó su prima, y en la casa, cuando estuvieron solos á la sombra de una higuera, abrazóla y besóla muchas veces diciendo con furor de sátiro:

— ¡Quiéreme ó me muero!

Ella, sin ofenderse ante aquel intempestivo despertar de una carne joven adormecida á golpes peniten-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNTO

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

ciarios, reía alegremente diciendo entre bastidores:

—¡Ya es mío!

Y las rosadas ilusiones volvieron á poblar de sueños su preciosa cabecita, pensó en las nupcias, los idilios de la luna de miel, el bautizo de un querubín... ¡y el de otro...! ¡y los de otros...!

V

El padre, el excelente palurdo, entró á la alcoba de Conchita, tosió como lo hacía en los grandes acontecimientos, y no siendo muy fuerte en retórica, después de mascullar frases inconexas, principió trabajosamente su discurso:

—Pedro... me habló de tí... asegura que debes casarte...

¡Habló por fin!

El anciano, abreviando su peroración, se fué derecho al bulto.

—Mañana marcha al seminario, y quisiera que antes prometas tu mano al hijo de Don Pascual, ya sabes, el salchichero, muy rico, ¡millonario!...

Conchita palideció sintiendo en el rostro la injuria de un escupitajo; su amor convirtióse en odio momentáneamente, parecióle ridícula

la castidad de Pedro, y, en una explosión de burla, de esa sarcástica y despreciativa hilaridad de las mujeres que ven acobardarse un hombre ante sus gracias, gritó entre carcajadas.

— ¡Bobalicón... ¡mamarracho!

Y como si las dos palabras hubieran agotado el buen humor de que hacía tan estrepitoso alarde, desplomóse en el lecho sollozando desesperadamente.

Adorable señora; me diréis, haciendo un bonito molín, que he relatado una historia insípida y sin gracia; tenéis, á fe, mucha razón, pero yo no soy responsable de que en el pueblo aquel no acontecieran nunca sucesos extraordinarios.

LA COQUETA.

Siendo niña, correteaba en los jardines cazando incautas mariposas.

Arrancaba las alitas multicolores de los insectos que aprisionaba en las invisibles mallas de su redcilla, sintiendo extraordinario placer al verlos convertidos en orugas después de la mutilación.

Pedía al jardinero un ramo de las más galanas flores, y poseída de infantil furor, deshojaba los pétalos aterciopelados de las dalias, las púdicas rosas blancas ó los mirtos color de sangre.

Cuando, burlando la vigilancia materna, lograba introducir las inquietas manos en la pajarera, aquellos deditos sonrosados causaban estragos terribles en los alados prisioneros: desplumaba el canario más

la castidad de Pedro, y, en una explosión de burla, de esa sarcástica y despreciativa hilaridad de las mujeres que ven acobardarse un hombre ante sus gracias, gritó entre carcajadas.

— ¡Bobalicón... ¡mamarracho!

Y como si las dos palabras hubieran agotado el buen humor de que hacía tan estrepitoso alarde, desplomóse en el lecho sollozando desesperadamente.

Adorable señora; me diréis, haciendo un bonito molín, que he relatado una historia insípida y sin gracia; tenéis, á fe, mucha razón, pero yo no soy responsable de que en el pueblo aquel no acontecieran nunca sucesos extraordinarios.

LA COQUETA.

Siendo niña, correteaba en los jardines cazando incautas mariposas.

Arrancaba las alitas multicolores de los insectos que aprisionaba en las invisibles mallas de su redcilla, sintiendo extraordinario placer al verlos convertidos en orugas después de la mutilación.

Pedía al jardinero un ramo de las más galanas flores, y poseída de infantil furor, deshojaba los pétalos aterciopelados de las dalias, las púdicas rosas blancas ó los mirtos color de sangre.

Cuando, burlando la vigilancia materna, lograba introducir las inquietas manos en la pajarera, aquellos deditos sonrosados causaban estragos terribles en los alados prisioneros: desplumaba el canario más

alegre, arrancaba la cola al clarín de las selvas ó cercenaba con las tijeras de costura la obscura cabecita de alguna alondra romántica.

Fué la más interesante colegiala del Sagrado Corazón.

Alboreaban en su prematura pubertad los resplandecientes celajes de una belleza que se anunciaba extraordinaria: era esbelta, aérea, arrogante; había en su busto fugas de carne ebúrnea con ondulaciones de núbil lesbiana; la calurosa Arabia hilaba el oro pálido de sus candentes desiertos para tejer las trenzas color de paja de su hermosura helénica. La piel sedosa, tibia, perfumada con olor de mujer, era blanca, con la nitidez albeante de las gardenias que languidecen en el invernadero; en la boca había un despertar de aurora y en sus pupilas sombrías, una noche de tormentas; las manos de niña pertenecían á unos brazos escul-

tóreos, seguramente los que perdió la Venus de Milo. . . .

La damita tuvo un séquito de apasionados: colegiales que no asistían á la cátedra por escribirle epístolas vehementísimas, incipientes *clubmen* que le mandaban camelias sin perfume, como flores de cera; calaverillas escapados de la férula paterna, y hasta un bardo neófito, que empezaba á perpetrar ripios y endecasílabos.

Margarita sabía prodigar esas sonrisas finas, imperceptibles, que lo prometen todo y no dan nada; desconcertaba al audaz con un adjetivo de reina injuriada, y atraía al más tímido con una mirada loca, de coqueta, de esas que se parecen á las flechas que arrojaban los parthos al huir de los romanos.

Hubo innumerables duelos á puñetazo limpio entre la gentecilla escolar por causa de esa Penélope, que empezaba á conjugar el verbo amar con la perfección genial de las mujeres alegres.

Muchas despreocupadas testas estudiantiles perdieron mechones de

cabellos, un centenar de narices chorrearon sangre y más de un bello joven vió chichones en su rostro apolíneo ó sintió los ojos inflamados por un bofetón de púgil.

Margarita reía á carcajadas enseñando las perlas de su boquita, que brillaban entre los labios con ferocidad de animal carnicero.

.....

.....

.....

Llegaron coronados de adelfas los veinte años; fué la mujer de moda, deslumbró con el fausto del dinero, las más distinguidas beldades la envidiaron y vió halagada su vanidad, observando que esas damas que tanto la criticaban, eran las que más empeño ponían en parecersele; tuvo una corte y la rodearon los hombres amontonándose para ofrecerle fortunas y corazones; desfilaron en su estrado bardos que, como ruiñeños, desgranaban estrofas mágicas en su honor, opulentos burgueses, nobles encanijados, corrompidos

por la escrófula, que le ofrecían sus títulos de grandeza: cierto general de treinta y cinco años, guapo y cubierto de laureles, se arrodilló ante la diosa, temblando como un zascandil, y hasta un lord, una especie de nabab que hablaba con retintín de libras esterlinas, juró una pasión extravagante ante la impasible desdeñosa.

Margarita oía extasiada todas las loas de amor que la arrullaban: después de cada vehemente homilía permitía que estrecharan su mano de princesa, arqueaba el talle, suspiraba, veía lánguidamente al doblegado admirador pronunciando á media voz palabras ininteligibles, y hasta llegó á permitir á un atrevido que robara besos á su boca más tentadora mientras más perjura.

—¡Es un enigma! decían con desaliento los más constantes, que fueron siempre cruelmente desdeñados; y era tan bonita la ingrata, que ninguno se atrevió á decir:

—¡Es coqueta!

.....

chinelas dan á tu paso, que fué gallardo, un continente dueñesco: ¡empiezan á lagrimear tus pupilas!... Eres devota, aborreces á las mujeres, con los caballeros provocas conversaciones ruborizantes, lees á Paul de Kock, y hablas de casarte, aunque te harías judía por no enseñar la fe de bautismo.

Conozco al hombre amado, es tu intendente, el ilustre Policarpo, feo, sucio, tonto, grotesco, ordinario... ¡Pobre amiga!... ese novio no es igual á los que desdeñaste! ¡Qué implacable es el tiempo!... ¡Ya no eres guapa! ¡resígnate!... ¿No lo dice diariamente el cristal veneciano de ese espejo cincelado de arabescos? ¿No eres la generala del regimiento de frascos con perfumes, colores, drogas y aceites, alineados en un amontonamiento sospechoso sobre el mármol de aquel tocador que fué tu adulator y amigo en primavera tan remotas?... Ya cayó el sol, es el instante de las confidencias de amor; enciende el globo rosáceo de la lámpara, te espera el di-

ván, estudia una postura! ¡No rías, que enseñas tus antiguas perlas tadelradas por el vil gusano; busca un tono de semiobscuridad entre la sombra y la luz para no descubrir el carboncillo que sombrea los ojos hundidos, el albayalde de las mejillas, el polvo de arroz de la frente, ¡la tintura de los cabellos!... No desnudes el pecho velado en la espuma de los encajes... podría el galán, en un raptó de amor, poner su mano allí... ¡encontraría el algodón... ¡Suenan pasos torpes, el rumor de un pañuelo aplicado á una nariz catarriente, un grosero escupitajo, la tos afectada de un hombre, que inseguro de sí mismo, se anuncia discretamente: ¡entró Policarpo!... ¡¡Pobre Margarita!!...

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...
¿Quién se ríe? ¿El tiempo? No: es muy serio el viejo asmático... ¡Infeliz desesperada, ese incógnito Mefistófeles se burla de tu vanidad pueril, del egoísmo de tus gracias marchitadas revelándose insensatamente!!... ¿Sufres?... ¡Bah, tú

también hiciste padecer, aniquilas-
te muchas almas, y con el acerbo
martirio de la tuya no lograrás pa-
gar tu deuda incalculable!....

¿Por qué tiembles? Ah! ya sé, estás
mirando un espectro, lo distingo,
es espantoso, se llama el remordi-
miento.

¡¡Los sesenta!

Es ya inútil la obra de los pince-
les; nada logran la química y el
arte pictórico; ¡es impotente tu al-
quimia! Las varillas del corsé no
pueden enderezar ese cuerpo que
encorvó la decrepitud, los cojines
no suplen á las carnes que se secan.
¡Margarita, la frente se arruga, el
pelo se cae, no hay dentadura y sólo
quedan las encías gelatinosas! Los
coloretes no pueden afirmarse en la
piel envejecida; ¡no ves ya nada! y,
como Maritornes, estás del un ojo
tuerta y del otro no muy sana, crece
una jiba en tus espaldas, la intelligen-

cia está embotada; hablas mal de
todos; rezas largas camándulas pi-
diendo al buen Dios perdón por las
culpas pasadas, depositas monedas
de cobre en los cepillos de la iglesia,
y esperas indulgencias, creyendo
que con los diezmos que pagas com-
pras un débito contra la bienaventu-
ranza eterna.....

¡Cuán amargo es tu sonris al ver
el retrato que cuarenta años antes
exhibió un famoso fotógrafo en su
escaparate! Llamas á las alegrías ju-
veniles, esa parvada de golondrinas
nómades que, al enfriar tu ser los
hielos de la senectud, emprendieron
raudo vuelo para no volver jamás;
evocas las venturas de ayer, y pasan
delante de tí, cubiertas de sudarios
negros, bailando una danza maca-
bra!.....

¡Qué soledad! No rodean tu lecho
rostros querubinescos de alegres
nietecillos; no ves á tu lado la hija
solicita que prepara el medicamen-
to! ¡Estás enferma!..¿de qué?...
¿de vieja! ¡El mal que no se cura! Ti-
ritas, y no puedes acurrucarte al ca-

lor de la familia, porque tu vientre fué infecundo..... te burlaste del amor, enojaste al Dios que todo lo puede, provocaste su iracunda cólera, y llegó el castigo.....

.....
 ¡Algo brilla con destellos de plata en la penumbra! Es la guadaña de la incansable segadora de vidas....

¡Llegó la muerte!..... ¡No sientes un frío que hace crujir los huesos! ¡Ves el rostro descarnado y las mandíbulas desdentadas del esqueleto amarillento!.....

.....
 ¡Dormirás en la huesa fría del panteón, la miseria del cuerpo desposeído del aliento vital se trocará en podredumbre, será el abono de unas plantas mustias que florecerán enfermizas é incoloras rodeando una lápida que nunca regarán las lágrimas del afligido.

EL DELITO.

Juan Pablo Bringas era un joven algo positivista, quizá no por leer mucho á Spencer sino por su reposado temperamento; veía á sus semejantes como hormigas justamente porque él se consideraba un infusorio; tenía pocos libros pero de mérito indiscutible, y algunos, no muchos cuadros que como notables podrían pasar por su originalidad en la galería de un coleccionador inteligente.

Hasta los veinticinco años no sufrió ningún desengaño de amor por la razón simplísima de que nunca abandonó su egoísta corazón á las emociones amorosas; profesaba respecto de las mujeres, una filosofía convencional y desmoralizada abundante en sofismas sutiles y escabro-

lor de la familia, porque tu vientre fué infecundo.....te burlaste del amor, enojaste al Dios que todo lo puede, provocaste su iracunda cólera, y llegó el castigo.....

.....
 ¡Algo brilla con destellos de plata en la penumbra! Es la guadaña de la incansable segadora de vidas....
 ¡Llegó la muerte!.....¿No sientes un frío que hace crujir los huesos!
 ¿Ves el rostro descarnado y las mandíbulas desdentadas del esqueleto amarillento?.....

.....
 ¡Dormirás en la huesa fría del panteón, la miseria del cuerpo desposeído del aliento vital se trocará en podredumbre, será el abono de unas plantas mustias que florecerán enfermizas é incoloras rodeando una lápida que nunca regarán las lágrimas del afligido.

EL DELITO.

Juan Pablo Bringas era un joven algo positivista, quizá no por leer mucho á Spencer sino por su reposado temperamento; veía á sus semejantes como hormigas justamente porque él se consideraba un infusorio; tenía pocos libros pero de mérito indiscutible, y algunos, no muchos cuadros que como notables podrían pasar por su originalidad en la galería de un coleccionador inteligente.

Hasta los veinticinco años no sufrió ningún desengaño de amor por la razón simplísima de que nunca abandonó su egoísta corazón á las emociones amorosas; profesaba respecto de las mujeres, una filosofía convencional y desmoralizada abundante en sofismas sutiles y escabro-

sas paradojas; no era mal retórico y sabía en sus improvisaciones decir terribles sarcasmos á una bella, ocultando el insulto en madrigales de pintoresco colorido y arrogante palabrería.

Las hermosas no le querían mal, tal vez porque las despreciaba hipócrita y profundamente, ó porque su discreción era tan tonta ó cuerda que nunca dijo de una señora más de lo que ella deseara que fuese sabido.

Bringas creía que si existió el loco amor, fué en los siglos primitivos, quedando de él en el nuestro una vagarosa y romancesca reminiscencia, algo dulcemente tierno como la fábula del paraíso.

A su juicio el amor espiritual, psíquico, solo es parto de imaginaciones enfermas y calenturientas; en disertaciones de una elocuencia espantosa, pretendía demostrar que lo ideal solo puede existir unido á la materia inánime, porque sin el auxilio de la forma tangible y real la inteligencia no puede fecundar el ger-

men de sus concepciones; eso no obstante, era con las bellas caballeroso y amable, solo por complacerlas no porque estuviera poseído de la andantesca caballería del siglo de hierro.

Más que escéptico era excéntrico; para ser perverso le faltaba tanta malignidad como le sobraba corazón; en su biblioteca, junto á Cicerón ponía á Gustavo Becquer, á Didón junto á Renan, y leía con tanto placer un trozo de la Araucana, como un epigrama de Quevedo. Aquellos de sus contados amigos que un poco se aventuraban en la densa sombra de su alma, decían de él con tono doctoral:

—Es extravagante.

Como en la lógica de Bringas, ese calificativo ni le favorecía ni le perjudicaba; lo aceptó sin mostrar desagrado, y solo se defendía débilmente de él, diciendo con un laconismo que siempre le fué peculiar:

—Forzoso es ser amable.

Analizada esa afirmación, resulta que la famosa quiotería de Juan no

existía, que daba á la sociedad fórmulas, porque solo eso es lo que pide; que era falsa y se despojaba de ella al llegar á su casa como hacía con la levita; algunos jóvenes para conquistar un fútil cariño de mujer se estropean el pescuezo poniendo en él un cuello enorme; preciso es confesar que Pablo era más discreto, ó tenía el gusto más refinado, porque nunca se ocupó de tan nimios detalles.

Era un poco amanerado en sus modales, lo que exige el buen tono únicamente, pues sabía muy bien que todo hombre de fina cultura para parecer caballero debe ser un poco histrión.

Su presencia en un estrado hacía que las mamas obligaran á sus hijas casaderas á maullar romanzas y destrozarse sonatas en su honor; él correspondía á esas distinciones que nunca agradeció ni halagaron su vanidad, inclinándose con una gentileza digna de Goethe.

Era venturoso en amores aunque en ello no se empeñara gran cosa;

había mentido mil veces jurando otras tantas pasiones; fué amante de hermosuras famosas y muy disputadas; y esas predilecciones que representaban el sacrificio de reputaciones sin mácula, ó una serie de borrascas conyugales, las estimaba lo mismo que si fuesen los favores de su sirvienta, creyendo, tal vez muy equivocado, que todas las mujeres son iguales ante la naturaleza.

Sólo aceptaba el fenómeno psicológico ocultado tras los discretos velos del misterio; tres noches seguidas dejó plantada á una liviana é indiscreta generala que había cometido todas las locuras por sus erizados bigotes de ébano; le indignaba que en las hablillas de un salón se murmurara indiscretamente de un devaneo castigado por los códigos porque, como él decía:

—Lo prohibido debe callarse.

El orgullo de muchos hombres al ser dueños de una mujer bonita no se encuentra satisfecho sino cuando el favor con que son honrados es conocido hasta en sus más íntimos de-

talles por toda la gentecilla que calumnia lo que no conoce: esa presunción muy mundana y de mal gusto nunca entusiasmó al incomprensible Bringas.

Ver una dama al feérico parpadeo de las arañas, hermosa, envidiada de las más bellas, aprisionando corazones en los encajes del abanico y cosechando elogios con la sonrisa, afable en sus desdenes, soberana en una corte de apasionados, que guarda una mirada tierna y voluptuosa para el hombre que no la persigue y sin asediarla es su dueño, ese era el encanto que encontraba Bringas en sus vanales amoríos; opinaba que la desfloración del secreto es la agonía del amor, sin pretender que su opinión llegara á tener la fuerza de un axioma, porque en el culto casi idólatra que rendía á la libertad de pensar creía que en el mundo todos pueden acertar y equivocarse.

No era mal parecido, y si lo sabía, tenía el talento de aparentar que lo ignoraba; jamás por seguir la moda aceptó un peinado ridículo ni por ol-

vidarla usó la revuelta cabellera de un vate desgraciado; vestía con corrección nada afectada y á veces con una elegancia que se detenía adonde principia la afectación.

Cierta ocasión, en un ágape de solteros donde se habló hasta la chocanería de la virtud, el honor, la religión y todas esas palabras que calumnian casi siempre lo que significan, dijo con cierta petulancia y arrojando al techo vaporosas espirales de humo:

— Prefiero un buen vicio á una mala virtud; entre Luzbel ángel rebelde, y Gabriel arcángel servil, elijo el primero; seamos buenos diablos en la imposibilidad de alcanzar la beatitud: si el mundo es pecado, ¿por qué no ser pecadores?... Quédese la pureza para los serafines que en reidor enjambre rodean el trono del Señor, pero no para nosotros los tristes humanos forjados de arcilla vil, y con un estorbo adentro que á falta de otro nombre llaman los cándidos el alma.

No era rico como un nabab, ni tan

pobre que no pudiera ser aceptado dignamente en los mejores círculos; hablaba tres idiomas, no por su gusto, sino por el de sus maestros que se empeñaron en enseñárselos cuando era niño; burlábase de la filología de Mitrídates, afirmando que bien sabida una lengua con ella puede decirse hasta lo indebido; nunca disputó; la música le fastidiaba, y siempre que le preguntaban la causa repetía la famosa expresión de Bonaparte: era apasionado en la pintura, prefiriendo las lujuriosas mujeres de Rubens y Ticiano, á las castas madonas de Rafael; le entusiasmaba más Miguel Ángel que Rembrandt, y admiraba más á Van-Diek que á Otto Venius: en literatura le encantaba Taine como crítico, Flaubert como novelista y Musset como poeta; leía á Kant y á Voltaire, y entre los poetas antiguos prefería Horacio y Virgilio á todos los demás.

Sus ideas como sus gustos, eran la obra del acaso; había leído lo que más le agradó porque nunca tuvo un amigo prudente y sabio que dirigie-

ra ordenadamente sus inclinaciones; era un escéptico teórico, pues sus convicciones y el mundo que tenía fueron fruto de los libros que asimilaba ó de las apreciaciones casi siempre extrañas y discordantes que hacía de lo que le rodeaba; preocupábase más por el lustre de los zapatos que por su vida, tal vez porque cuando tenía doce años devoró con la ansiedad que causa lo vedado un libro muy grande de Schopenhauer y otro muy pequeño de Baudelaire; su adolescencia habíase deslizado árida y sin afectos; ajena á las caricias maternas, creció como planta espinosa en un pantano; á los dieciocho años, en vez de correr tras las muchachas de buen trapío se encerraba en las bibliotecas para leer tomos de filosofía; después llegó su juventud mustia, enfermiza, agobiada por los estudios prematuros, indiferente y sin desbordamientos pasionales, sus amoríos eran caprichos ó efímeros pasatiempos, fué brusco y cruel, escarneció todas las virtudes, lo quisieron muchas veces, y él des-

33248

preció siempre pasando junto á la felicidad sin mirarla siquiera.

A sus más íntimos amigos le unían vínculos meramente sociales; nunca preguntó más de lo que querían decirle ni respondió más de lo que querían preguntarle; por lo demás, era un buen chico, amable, prudente, y de un sempiterno buen humor; reía con franqueza estudiantil y solía hacer preguntas temerarias aparentando una candidez de colegiala; era regular caballista y buen tirador, no por ganar fama de matachín, pues nada le parecía tan ridículo y tonto como que un hombre pretenda demostrar á otro que tiene razón con la elocuencia de un revólver.

Leía mucho, dormía poco, hacía caridades y pagaba sus deudas.

En el tiempo que Juan Bringas es presentado al lector, estaba preocupado y enfermo, siendo la causa de su perturbación moral, cierta mujercilla oficial del taller de una modista.

Paseábase todas las noches en la tortuosa calle de las Moscas, lugar

donde habitaba su perseguida, admirado de sí mismo al observar que se dirigía al corazón de esa plebeya por un camino que no era el que hasta entonces le había conducido á los de las alcobas de las beldades á quienes había poseído.

Indudablemente que una sucia calleja debía causar profundo desagrado á un caballero que cuidaba escrupulosamente el brillo de su calzado, y Bringas sacrificó el lustre de él á la tenacidad innata á su carácter ó á la belleza de la mujer á quien asediaba: para que esa humilde griseta apareciera hermosa ante la pupila del joven, educada en el más depurado gusto artístico, debía serlo extraordinariamente, superior á las encoquetadas damas del gran mundo con quienes tenía el comercio social.

Cuando vió por primera vez á la mozueta con su vestido de percal cargando trabajosamente dos enormes cajas de sombreros, cerró los ojos y un esfuerzo de memoria le presentó á una mujer sin semejante que había visto pintada en un lienzo,

modelada en un mármol, ó flotante, aérea, inviolada entre las vaporosas y sutiles gasas de sus sueños: la humilde obrera fué para él la epifanía de algo que hasta entonces había vivido sin contorno real en los mundos de quimeras donde se perdían vagabundos y ebullescentes los delirios de su cerebro.

No observó las burdas vestiduras, imaginó á la mujer, aquella piel tenía blancuras hiperbóreas, había en sus ojos transparencias de zafiro, en los labios reía el amor, y los groseros pliegues de la burda blusa no podían ocultar la gentileza de un talle regio: era una musa, para el pintor sería un modelo, para el bardo una estrofa, para el músico una armonía.

Educáronla costumbres patriarcales.

De su padre solo sabía que fué un soldado de la Reforma, cuyo cuerpo acribillado por las balas se pudrió insepulto en el campo del combate.

Creció al lado de la viuda de aquel héroe, quien procuraba á costa de grandes esfuerzos vivir decentemente dando á la huérfana una educación más esmerada de lo que sus recursos permitir podrían.

La infancia de Victoria fué triste y sombría, la de una niña humilde y enfermiza que se atareaba mucho en la escuela municipal; no reía porque muchas veces tenía hambre, ni trabajaba las alegres amistades de la niñez con sus condiscípulas porque la profesora, al verla taimada y silenciosa, la maltrataba llamándola hipó-

crita y desvergonzada, cuando lloraba porque algún rapaz le había pegado.

Su desarrollo fué lento y causó graves perturbaciones en su organismo. A los quince años era una jovencilla flacucha é insignificante, apática en su trato, de piel icterica, cuello escrofuloso y cenicientos cabellos.

En la edad núbil, desenvolvióse trabajosamente su pubertad, y la clorosis, consecuente enfermedad á una naturaleza mezquina, perjudicada por la quietud de una vida sedentaria, hacía alarmantes estragos en su cuerpo enclenque y encanijado, en el que sólo resplandecían como astros dos hermosísimos ojos azules.

Victoria no era coqueta porque se había visto sin presunción en el espejo, y como tenía muy bellas cualidades y entre ellas se encontraba la modestia, convencióse fácilmente de que para ser querida como ella deseara le faltaba lo principal: la hermosura.

Otra, hubiérase indignado con el

insolente que retrataba en su cristal la verdad más odiosa para una mujer; ella, se contentó con voltear el enemigo al revés y no mirarse en muchos meses.

Desde el día en que el juicio que de sí misma se formó ante el amigo de las coquetas significaba su renuncia á ser agradable, añadió el desaliño á la fealdad, el abandono á su desgarbo, perdió el primer encanto de Eva, la compostura. Era incapaz de suponer que muchas señoras que atraen á los varones en la calle, los harían huir aterrizados si presentasen los detalles íntimos de su tocado.

Sus cabellos muy raras veces eran desenmarañados por un peine dentado y grasoso, su cútis se marchitaba en la suciedad, y solo cada semana que Victoria se bañaba en un establecimiento balneario de la peor categoría recibía los bruscos frotamientos de un jabón grosero.

De improviso operóse en ella una violenta transformación.

La lividez amarfilada de su piel

hízose más limpia é interesante, dilatáronse las pupilas; su frente, como un cielo despejado de nubes, extendióse más tersa y melancólica, y hasta sus modales se hicieron distinguidos.

Ella, ignorante de la metamorfosis, idealizaba sus encantos con la indolencia sibarítica de su abandono.

Cierta ocasión, al atravesar una calle estuvo á punto de ser arrollada por un carruaje, y en la precipitación de la carrera tiró al suelo una sombrilla de organdí que siempre llevaba consigo; Bringas, que la perseguía, puso en sus manos el objeto caído, hablaron entonces cuatro palabras, y al separarse, la mirada de él mintió una pasión, la de Victoria fué una lágrima.

Llegó á su buhardilla consternada.

El hombre que le habló era hermoso, distinguido, elegante: ¡su sueño! Sentíase arrastrada á él con fuerza invencible y magnética; por agradecimiento creyendo que era fea, por amor porque era joven.

El arrogante caballero engrande-

cióse en un momento, tomó á sus ojos proporciones sobrenaturales; no, no había en la tierra un hombre que se le pareciera, era el elegido, ¡superior á todos porque lo amaba! Sintió y pensó para él, consagróle su alma virginal, las primicias de sus puras ilusiones, adoró al ídolo espiritualmente porque despreciaba el cuerpo, é inmolarlo en aras de un amor tan bello como el que había concebido le parecía un sacrilegio.

En su sencillo y honrado corazón junto al cariño sin ventura, nació un aborrecimiento contra el espejo que crecía con su afecto á Juan Bringas.

Victoria pensaba que realizando todos los sacrificios imaginables se hacía perdonar el crimen de querer á Bringas; lo adoraba sin orgullo, y siempre que pensaba en él sonreía dolorosamente diciendo á media voz: —¡Si soy tan fea!

Un día, pasando junto al espejo asaltóle una idea, fugaz, insensata, chispa de luz que atravesó la noche de su alma como las estrellas volantes el infinito.

—Él me ve mucho. . . ¡tal vez no seré fea!

Y el injusto juez que condenó á muerte á su coquetería, sedújola otra vez, resucitó de súbito la muerta esperanza, y siempre que junto al espejo pasaba mirábase con mortal ansiedad, tocábalo con las puntas de los dedos para retroceder siempre llorando y acobardada.

Por fin, con esa osadía momentánea de los miedosos que acosados por un enemigo le acometen con la bravura de la desesperación, corrió hacia el mueble y lo puso valientemente ante su rostro. . .

Creyóse víctima de un deslumbramiento, cerró los ojos muchas veces, y sin lograr convencerse de que no estaba engañada, preguntó á Cupido:

—¿Soy yo? . . .

Como esos maniáticos jugadores de loterías que después de gastar mucho dinero inútilmente ganan un premio insignificante, se interrogaba en el colmo del asombro:

—¿Es cierto?

Si, era verdad; esa mujer extraordinariamente bella que veía retratada, era ella, Victoria, la pequeña clorótica, la triste escrofulosa que había arrastrado sus botas torcidas en el taller.

Cuando el consiguiente estupor que la grata sorpresa le causó fué disipado por una realidad tan bella, riendo á carcajadas y haciendo cabriolas de saltimbanco gritó alborozada:

—¡Oh, él me ama!

Y coloreó el carmín su frente olímpica, aquel mármol pentélico que parecía, como las nieves alpinas, ruborizarse al primer ósculo del sol.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Don Recaredo Buendía era un viejecillo acicalado, de rostro amojamado y macilento, escasa barba, pequeña y descarnada nariz, salientes pómulos, ojuelos amortecidos y en todo el continente la apariencia de un pisaverde inofensivo.

Si la nieve de los sesenta y cinco años hilaba lino en los cabellos de Don Recaredo; si la decadencia senil manifestada por el reuma, la parálisis y todos los achaques de una decrepitud apresurada por una vida de crápula agobiaban su gotoso cuerpo con las invalideces de la senectud, su instinto de solterón depravado conservaba el ardor aunque no la potencia de la edad viril, pues esa facultad creadora la engendraba siempre en su organismo, usando drogas afrodisíacas y exci-

tantes terribles que no pocas veces pusieron en peligro su existencia.

Aquella naturaleza endeble y moribunda, destruida por cien vicios, ese anciano corcobado, cliente á tricóferos y á yodoformo, que vestía Chauveau, acicalaba Coblantz, y perfumaba Labadie, había llevado la deshonra y la desesperación á más de una familia honrada; era un ejemplar de los reptiles sociales que llegan al término de la jornada vital, dejando en su biografía el más repugnante catálogo de las vergüenzas humanas.

Con su fortuna cuantiosa y de origen turbio, había comprado los besos de una caterva de *ecuyeres* de piernas colosales, ó los encantos artificiosos de toda una constelación de estrellas de bastidores.

Sus dineros habían rodado prodigamente en las pistas de los circos ecuestres y los tablados de los teatros desde el de la ópera hasta la barraca improvisada, donde algunas infelices lo enseñan todo por unas cuantas monedas.

Su afición á las mujeres era una enfermedad incurable. Todas las complacientes á quienes había poseído lo despreciaban profundamente porque su sensualidad tenía exigencias que aun á ellas mismas causaban rubores.

Gozaba de una tristísima celebridad en las casas de las sirenas á quienes conoce en camisa medio mundo, y en cada alcoba tenía un apodo que traducido del caló de las devoradoras de hombres, significaba una obscenidad.

Un día que paseaba contoneándose por las calles de San Francisco, vió á Victoria, y la extraña hermosura de la doncella excitó en él un antojo que á costa de todo se empeñó en satisfacer.

La indefensa joven tuvo que resistir por mucho tiempo las proposiciones de Don Recaredo, cuya tenacidad crecía con las derrotas.

Cuando Bringas manifestó á Victoria su inclinación amorosa, el viejo, considerando su incapacidad para una lucha leal con él, y sin ganas de

abandonar sus propósitos, cambió bruscamente de táctica, apelando á los recursos vulgares.

Buendía hablaba solo en la calle: aprovéchese el lector de esa indiscreta manía, y escuchará un soliloquio interesante.

—¡Gertrudis, vieja maldita, hace una hora que la aguardo aquí, á riesgo de atrapar un tabardillo; estoy nervioso, en realidad tengo miedo, la calle está solitaria, esto no puede seguir así; me fastidio ya, tres meses, y ¡nada y ¡nada... y ¡nada...! Aaah! ... (bostezando y limpiándose las lágrimas con el pañuelo) ¿pero es incorruptible esta criatura? ¡No, no puede ser. Recorcho, y qué frío hace, estoy temblando... aah!... aah!... aah!... ¡Chiussts!... ¿no lo dije... ¡catarro!... (un acceso de cavernosa tos le interrumpió) abren el zaguán, ella sale con dos viejas (calándose las gafas); ¿adónde irán á esta hora?... ¿La sigo?... No... allí está el otro!... Y esta mujer que no viene! (sacando un reloj de áureas tapas) ¡Nada, que me voy!

Apareció una anciana vestida de tocas negras como una dueña con tan luengos faldamentos que no se le veían los pies, y cuando andaba más parecía que se arrastraba. Murgiento mantón negro tapaba su cabeza, dejando ver recatada entre los pliegues una faz carcomida y amarillenta.

Don Recaredo se acercó á ella con cautela y comenzaron á discutir en voz muy baja.

Media hora después alejóse el viejo haciendo ridículos ademanes, y Doña Gertrudis, mirando moverse sus raquíticas piernecillas, decía sonriendo y casi en alta voz.

—Pues señor, dos corrientes de dinero á la vez, porque estoy segura que el joven dará... está como un turco por la palomita, y además, yo le he de hablar fuerte al alma... necesito entrar... entrar... y cómo?... ¡pensaré esta noche, voy á encender una vela á San Antonio. ¡Ay, santo mío, si me haces este milagro te mando decir una misa, y cantadita, sí señor, con sermón y toda la co-

sa... ¡necesito entrar... ¡entrar... ¡ah... ¡ya... ¡ya...!

Y desapareció como un espectro que se esfuma en las tinieblas.

- ¿Estás seguro del éxito?
 —¡Ya lo creo!
 —¿Ese hombre... le conoces?
 —Sí.
 —¿Crees que la verá?
 —Seguramente.
 —¿Me aceptará?
 —Eso ya no puedo afirmarlo yo.
 —Siento algo extraordinario, estoy triste, me asalta el presentimiento de una desgracia inmensa, casi no quisiera haber venido.
 —Entonces vámonos.
 —No; eso no.
 —Son las impresiones consiguientes á la aproximación de una batalla decisiva, de esas que se resuelven con un triunfo espléndido ó en un vergonzoso desastre.
 —¿Es extraña esta niña, nunca ha

manifestado recibir con desagrado mis pretensiones; es más, la creo propicia á quererme, y le mando una carta, dos, tres, diez, y responde siempre con el más despreciativo silencio.

—No sabrá escribir.

—No puedo resolverme á perderla, es muy linda; para que yo desista será necesario que ella manifieste terminantemente que me aborrece; mis ímpetus crecen con su indiferentismo; si yo fuera capaz de amar algo en el mundo, creería que estaba enamorado.

—¡Pobre Juan!

—¿Crees que asistirá á ese baile?

—Sin duda.

—¿A qué hora entramos?

—Muy pronto.

—Estoy impaciente.

—¡Pobre muchacha! Si todas las mujeres adivinasen los más internos pensamientos de sus adoradores, les despreciarían profundamente; aunque no quiera compadecerme á esa criatura; me conmueve su inocencia amenazada y en inminente peligro:

¿por qué no la dejas? Hay muchas tan bonitas como ella y tal vez menos buenas; ó en último caso, hazla tu esposa; ya que no el afecto da al menos la estimación social.

—Metafísico estáis, buen rocante.

—Silencio, aquí está nuestro hombre.

Un individuo de sospechoso talante se acercó á los conversadores.

—¿Ya es la hora, Don José?

—Sí señor.

—¿En su casa es la fiesta?

—Sí.

—Magnífico.

Los jóvenes, precedidos de Don José, franquearon dos amplios patios, entrando en una pieza espaciosa y miserablemente amueblada. La murga instalada en la puerta entonaba los acordes de un libidinoso danzón; muchas parejas saltaban desordenadamente, y las viejas y los muchachos sentados en sillas de paja simétricamente alineadas, presenciaban impasibles los brincos de los bailarines.

La brusca aparición de Pedro y Juan Bringas produjo un movimiento de admiración en todos los concurrentes, la música dejó de sonar suspendiendo las evoluciones coreográficas y las declaraciones amorosas, y el introductor, aprovechando el silencio, presentó á los intrusos diciendo en alta voz y con tono declamatorio:

—Los señores son amigos.

Los presentados se inclinaron respetuosamente.

Susurró con insólito rumor un murmullo de palabras dichas á media voz y risas burlescas ahogadas en pañuelos de á veinte centavos; las comadres cuchicheaban avivando, al chuparlos, la lumbre de sus encorvados cigarros, que fosforescían en la sombra como volantes luciérnagas, é iluminaban á su efímero resplandor arrugados y horribles rostros que hubiera copiado Buonarroti para sus parcas.

Bringas iluminó su fisonomía con la sonrisa irónica que plegaba las comisuras de sus labios siempre que

pretendía aparecer benévolo: resistió con estoica impasibilidad un encarnizado asaeteamiento de miradas y sonrisas picarescas de niñas cursis ó matronas de cuerpo elefantino, retorció nerviosamente el incipiente bigotillo, y montando en la correcta nariz sus lentes con arillos de oro, miraba impertinente á todos los concurrentes buscando á su víctima.

Pedro, desafiando el relampagueo de miradas, algo como un Sinaí de centellas amorosas, adelantóse al centro de la sala y dijo:

—No interrumpamos, continúen ustedes.

Victoria no fué, no podía ser insensible al asombro que á los demás dominaba.

Distinguió en la penumbra borrosa é informe la silueta de los caballeros que habían llegado, pero no conoció á su perseguidor, pues todo podía suponer menos que él se atreviese á entrar allí.

El dueño de la casa apareció llevando dos feas lámparas alimentadas con petróleo, y los perezosos

filarmónicos comenzaron á templar sus instrumentos, preparándolos para otra reñida pelea de fusas y semifusas.

Entonces, al resplandor enfermo de la luz amarillenta que proyectaba, agigantándolas en los lienzos de las paredes, las sombras de los que valsaban, la joven reconoció en uno de los incógnitos visitantes á su amado y al amigo que siempre le acompañaba.

Sintióse conturbada por voluptuoso desfallecimiento, y á poco estuvo que diera en el suelo con su cuerpo escultural.

¡Él estaba allí! Debía quererla mucho, pues siendo en apariencia muy rico llegaba hasta ella y la buscaba en el suburbio. Parecíale un ángel bueno que para acercársele manchaba el sedefío plumón de sus alas en el cieno de una sentina.

Escucharía galanterías de su boca y promesas de un eterno amor, bailarían, sentiría temblar en su mano la aristocrática del galán, su voz dulcemente apasionada murmuraría á

su oído palabras de ternura, y después, las nupcias columbradas en las áureas lontananzas de sus sueños virginales.

Victoria, embelesada, cubrió con las manos el rostro sonrosado por la emoción, y dijo quedo, muy quedo:

—¡Qué bueno es Dios!

En aquellos momentos los entorpecedores vapores del pulque evacuaban la cursi compostura y groseras formas de aquella sociedad de tercer orden; las mujeres volvíanse románticas, y algunas lloraban ó reñían con sus maridos.

Los hombres, somnolientos, embrutecidos, hablaban incoherentemente meciéndose con torpeza sobre las temblonas piernas, y embriagados ya, gritaban poseídos de ímpetus belicosos, se mostraban inconvenientes con las señoras ó decían groserías....

Casi todas las cabezas estaban llenas de brumas y dos terceras partes de la concurrencia á punto de perder el centro de gravedad.

Un arco grasiento, embreado por

las tarantulescas manos de un Paganini en el segundo período de la ebriedad, silbó en el violín una nota aguda que obligó á saltar de su asiento, como impelida por un resorte, á una viejecilla que dormitaba; el contrabajo hizole coro con un ronquido que parecía un rebuzno; las negras uñas del guitarrista se encarnizaron rasgueando el fandanguero instrumento, y un hombrón grueso y sucio que tocaba el figle hinchó los carrillos arrojando por la metálica trompeta un ruido estridente que hizo escapar con los pelos de punta á un gato atigrado que hecho ovillo, roncaba á los pies de un sargento de artillería completamente borracho.

Después la orquesta preluvió, lo más ordenadamente que pudo, algo como un vals, poniendo en movimiento de rotación un turbión de parejas.

Bringas acercóse á Victoria, diciéndole:

—¿Me hace Ud. la gracia de bailar conmigo esta pieza?

La joven sentía morir; inconscientemente arrancó un botón á su peinador, desordenó sus cabellos con la intención de hacer lo contrario, y callaba asustada, no obstante los esfuerzos sobrehumanos que para hablar hacía.

—¿No responde Ud?

—Sí, señor. . . . ¡con mucho gusto.

Y sacudida por emociones tremendas, entregó su brazo al solicitante.

Bringas pensaba:

—Es tonta, ó coqueta.

Ella temblaba como una hoja: estaba al fin junto á él; ese abismo insondable que había supuesto entre los dos, desaparecía en un instante; le tenía realmente á su lado, iban á enlazar sus cuerpos, á perderse en la vorágine de los danzantes. . . . ¡y no era mentira tanta dicha!

Su respiración hacíase ahogada y dificultosa; las fuerzas la abandonaban, y cada vez que sus ojos se bebaban con los ardientes de Bringas, vibraban sus nervios, sacudiéndola en violentos estremecimientos: la

proximidad de aquel hombre le causaba un arrobamiento inexplicable, tenía el mágico poder de arrancar su alma de la tierra, para remontarla á otro mundo mejor.

Bringas dijo al oído de Pedro alguna palabra, y el joven, acercándose á uno de los quinqués, aparentó encender un cigarro, y lo que hizo en realidad, fué apagarlo de un soplo: en la confusa semiobscuridad que momentáneamente reinó, sintió Victoria unos labios que se posaban atrevidos en los suyos, y oyó una voz que decía con pasión: —Te amo.

Una contracción galvánica sacudió bruscamente la laxitud que la adormecía; rebelóse su pudor violentado por la osadía del seductor, y avergonzada, temblorosa, aparentando una indignación que acaso no sentía, exclamó alterada:

—¡Caballero! ¡caballero!

Pero no era Bringas el hombre que se detenía en el camino de las violencias: estrechó rudamente los combos senos de la enojada, y be-

só con furor los rizos de su cuello níveo:

—Ya es necesario que diga lo que he repetido infinitas veces en mi soledad; que mi boca se desborde en un torrente de palabras: ¡he sufrido tan crueles incertidumbres; tan hondos padecimientos! Quiero saber si Ud. tiene corazón y es capaz de conmoverse con mis penas; decirle que hace muchos días que estoy triste y muchas noches que no duermo; que me siento abandonado cuando su recuerdo no me acompaña. . . . ¿Calla Ud. . . .? ¡Hable, por favor, dígame que piensa un poco en mí! . . .

—¿Qué he de responder á esa declaración intempestiva? . . . Cierto que estoy apercebida de que Ud. me corteja un poco, pero no creo que eso baste para que yo diga que correspondo á su pasión volcánica ¿Quién me garantiza la verdad de tan vehementes juramentos? El baile es siempre un pretexto para que los hombres disparen á los oídos de las mujeres la solicitud amorosa que han repetido en cada rigodón: hasta

ahora solo me conoce Ud. de vista, y no creo que un conocimiento tan superficial, sea lo suficientemente poderoso para inspirar un amor tan insensato como el que me ofrece.

Victoria calló un instante asombrada de lo que había dicho.

Bringas, muy desconcertado, respondió buscando frases.

—Esos razonamientos no me convencen; yo hablo con toda la sinceridad del corazón porque amo: Ud. anatomiza el sentimiento porque calcula.

—Soy honrada, y el que me ofrece sus afectos debe darme también el nombre, la vida: si entrego una existencia, tengo derecho á exigir otra en recompensa.

—¡Señorita!

Victoria, con su astucia mujeril, comprendió las vacilaciones de Bringas, y creyendo poseer ventajas, respondió con brío:

—¿Quiere Ud. hacerme su manceba?

—Semejante suposición me insulta.

—Si la conquista de mi corazón para Ud. nada significa; si cree que mi desgracia en toda la vida es sencillamente una calaverada que le valga las felicitaciones de algunos malos amigos; si á sus ojos soy una pobre muchacha cuya reputación le importa poco menos que nada, sea una vez generoso y no vuelva á acordarse de mí.

—Pero Ud. cree que soy un monstruo.

—Un hombre nada más.

—¡Ah!

—Parece á todos los varones lo más natural del mundo que una bella sucumba á sus deseos, también abandonarla ingratamente cuando encuentran otra más coqueta ó enamorada, porque en esos juegos de azar donde se arriesga el corazón, las mujeres llevamos siempre la peor parte. . . . !

—Yo no soy de esos hombres.

—No he pretendido afirmarlo precisamente.

—¿Por qué discute Ud. con lógica tan cruel la expresión de mi ca-

riño? Es muy triste desflorar las ilusiones con el sarcasmo; un sentimiento expresado leal y honradamente no debe analizarse con rudeza, y en suposiciones tan maliciosamente convencionales. . . . no quiero argüir ni una palabra á esa montaña de inculpaciones que ha lanzado Ud. sobre mi cabeza, porque para ello necesitaría hacerla descender del pedestal augusto donde la ha colocado mi adoración: señorita, el amor verdadero, el que hace á los mártires y á los miserables, ése no lo acrisola el egoísmo, no lo peina y espulga la odiosa conveniencia propia; es generoso, espontáneo; no tiene el positivismo calculado de lo relativo; es uno en su divina esencia multiplicado en formas infinitas, tan puro y santo, que para los buenos es el cielo, y para los malos la redención. . . .

—Pero. . . . y las conveniencias?

—¿Qué valen si grita el corazón? Cuando un grandioso impulso surge de las recónditas profundidades del alma, se profana al

cubrirlo con la polichinesca máscara del disimulo....!

—Ó me explico mal, ó es Ud. muy susceptible.

Juan Bringas, rompiendo brusca- mente con todas las conveniencias, y exaltado por la primera vez en su vida, dijo impetuosamente:

—Dígame Ud. qué me quiere.

—No puedo.

—Entonces me odia, me desprecia.

—¡Oh, no!.... necesito.... pensar.... consultarlo.

—¿Con quién?

—Con mi madre.

—Pero Ud.... Ud....

—Oh!

—Responda, por favor!

—¡Si.... no!

—Diga que sí....

—Sí!.... sí!....

—¡Qué buena es!

.....
Al salir de la casa, Pedro, dando el brazo á Bringas, le interrogaba curiosamente.

—¿Qué tal?

—Bien y mal.

—Vencedor?

—No.

—¡Ah, vamos, trámite sacramental, ¡te dió esperanzas!...ja!...ja!....

—Te engañas; ha dicho que me quiere.

—Entonces debes decir como César: veni, vidi, vici.

—¡Ah, camastrón, ocúrreseme que la causa de tu buen humor es ese pulque color de sangre de toro que ví en ventrudos botijos.

—De ese néctar ha caído la capacidad de tres botellas en mi estómago.

—Ahí es nada!

—Volvamos á la niña: ¿se rindió?

—A medias.

—Mucho triunfo es.

—¡Bah, cedió poco, muy poco, pero el primer paso siempre es la afirmación del segundo; piensa de muy diferente manera que las demás, pero siente como todas.

—Ya empiezas á disparatar.

—La derrota es el triunfo de las

mujeres, siempre que un amador se doblega al decirles tonterías; aparentan incorruptibilidad de invencibles para entregarse después cobardemente: preparan la batalla soñando con una victoria en antifrasis, el desastre de lo que más encarnizadamente defendieron: unas, luchan desesperadas; esas son tontas, hipócritas ó presuntuosas: otras, se entregan á discreción humildemente; esas son honradas ó inocentes, pero todas caen; porque la debilidad es elemento primordial de su condición. Adán siempre es el ideal de Eva, y preséntame el ejemplo de una mujer que no haya sucumbido á su ideal. La palabra deber para ellas solo existe en el idioma; ese sustantivo que en el hombre lo representa todo, truécenlo por otro que se escribe en cuatro letras: amor...! Convéncete, amigo mío, de que en el humano linaje todo es mentira y afectación... ¿Qué es el pudor? El disfraz de la impudicia. ¿La virtud? La vanidad de ser bueno: y ¿el amor tan cacareado? Ya lo de-

finió admirablemente el buen La Salle: el egoísmo de dos seres...!

—Hablabamos de otra cosa; tus teorías me ponen nervioso.

—Vamos al teatro.

—Prefiero dormir.

—Entonces adiós.

CAPITULO

—Presiento desgracias, terribles dolores.

—¡Siempre tus presentimientos, temblar ante el porvenir con veinte años de vida y un amor inmenso en el corazón!...

—Soy tan dichosa.

—¿No eres de la ventura muy digna?

—Creo que la felicidad que me arroba será muy pasajera y fugaz, el resplandor de un relámpago en noche de tempestad.

—¿Por qué, niña mía?

—Mí ventura es muy grande, pero... no sé cómo decirlo; creo que solo la alimenta una veleidad tuya; que este amor será para tí una página, para mí una historia: ¡me das miedo! Á medida que crece mi cariño, aumenta el terror que me tor-

tura; vienes, te tengo muy cerca, á mi lado, beso y acaricio tus cabellos, me extasío escuchando tus palabras.... y.... ¡estás lejos de mí.... muy lejos!... ¡te pierdo de vista!... en tu vida sólo represento una hora, la que pasas á mi lado, y en la mía lo eres todo; cuando no te veo, cuento los minutos esperando inquieta y desazonada el momento en que llegas, y si no vuelves lloro mucho y rezo imaginando que te ha ocurrido una desgracia.

—Lo mismo me sucede á mí.

—No es cierto.

—¿Qué dices?

—Me aseguró, no diré quién, que el viernes, el día de mi cumpleaños, cuando trajiste flores y juraste mucho amor....

—¿Qué pasó ese día?

—En la tarde, al obscurecer....

—¿Qué?...

—Entraste....

—¿Dónde?....

—¡No.... ¡no quiero decirlo.

Y Victoria ocultó sus ardientes lágrimas en el pañuelo.

Bringas, conmovido por ese dolor tan sincero, acariciaba y besaba una mano febril que la taciturna le abandonó:

—Victoria, quien eso dijo es un miserable.

—¡Cállate!

—No, que debo saberlo.

—Te empeñas?

—Sí.

—Lo dijo....

—Quién?

—Mi madre.

—Oh!

—Ese amor que me defines envuelto en las galas de tu retórica, sospecho que sólo es una aventurilla que te dará un minuto de placer en recompensa á las eternas lágrimas con que lo pagas.... Llegas!... nos sentamos en el brocal de este pozo obscuro y profundo, una hora de alegrías para mí, y otra de distracción para tí; después vas á la ópera, y mirando mil mujeres medio desnudas y adornadas de pedrería, olvidas á la pobre muchacha que se adormece pronunciando tu

nombre en sus oraciones, descansas pensando en el seno de la señora X... en los diamantes de alguna vieja alegre, ó en las sonrisas de la heredera que se ha empeñado en verte á sus pies, sin pensar en la triste Victoria que en su humilde lecho piensa en tí.

—Muy mal me juzgas.

—Hay entre los dos una barrera, una montaña de monedas, de costumbres, de conveniencias, ¡qué se yo! No debemos, mejor dicho, no debo yo esperar una felicidad sustentada en tantas dificultades, precursora de muy grandes é inevitables desgracias....

—Victoria....

—A veces creo que no eres bueno.... caballero!....

—Victoria!

—Si sabías que soy una pobre, ¿por qué me perseguiste procurando que te quisiera?... La razón, mi dignidad, mi recato, me dicen todos los días que no debo amarte, porque eres un señorito... y... yo.... yo.... sólo podría entrar á tu casa como una sirvienta!..

—Victoria! . . .

—¿Qué cadenas nos ligan . . . ? Tus promesas nada más . . . las vecinas creen que me une á tí una asquerosa mancebía, y lo que ellas piensan supondrán los demás . . . ¿Yo tu manceba? . . . ¡Nunca! . . . ¿Tu esposa? . . . ¡Imposible . . . no tendrías valor para exhibirme en los círculos que frecuentas; tu familia se consideraría deshonrada al contar entre sus individuos á la obrera que respuntea camisas, y limpia los cacharros de su casa, como una ordinaria fregona . . .

—Por Dios! . . .

—El mejor día, tus padrès se pondrán casarte con una señorita que aporte á la sociedad conyugal un millón de billetes, y entonces . . . ¿qué haré yo? . . . Llorar, llorar . . .

—Cómo me martirizas.

—Me has dicho que amas la verdad.

—Sí . . .

—Entonces por qué te espantas cuando te la enseño?

—Calla . . . calla!

—No podemos hacer nada mejor, que renunciar el uno al otro.

—Separarnos . . . ¡nunca!

—Es preciso.

—Yo no puedo.

—Me has dicho que tienes voluntad.

—Sí.

—Por qué tiembles cuando hay que ponerla á prueba . . . ?

—¡Oh . . . tú no me quieres!

—Mucho . . . demasiado quizá!

Y Victoria, tapando sus bellos ojos con las ducales manos, lloró como una niña.

Dormía la ciudad.

El cielo estaba sombrío y entoldado hacia el Norte con denso capuz de nubes tempestuosas.

Un farolillo de trementina colocado cerca de la casa de Victoria parpadeaba agonizante y trémulo.

El gendarme, acurrucado en la puerta de una taberna, roncaba á pierna tendida, y dos enamorados que reñían, se insultaban en alta voz.

Arrastrábase por el suelo, levantando torbellinos de polvo, ese aire caliente y pesado, que anuncia las tormentas del verano, y á lo lejos oíase la destemplada algarabía de incógnitos y trovadores gatos, que seguramente se disputaban las gracias de alguna felina beldad.

En el interior de una carnicería, uncan aullaba desesperadamente, y afuera, belicosa cuadriga de con-

géneres suyos asediaba, prodigándole indecorosas caricias, á una perra famélica y enfermiza, que se volvía furiosa, lanzando mordiscos á diestra y siniestra, cuando los amartelados la distraían en su tarea, la cual consistía en extraer de pestilente montón de basuras un hueso descarnado y roñoso, que entre ellas estaba oculto.

Un gallo despabilado pregonaba el día nuevo con su agudo canto, y algún transeunte trasnochador regresaba al hogar, silbando cualquier aire de zarzuela en moda.

Juan Bringas, en el primer período de la ebriedad, caminaba torpemente hacia la casa de Victoria.

Todas las noches visitaba á la huérfana, facilitándole la entrada una grosera llave que para el objeto se había procurado clandestinamente.

¡Cosa rara!

Aquella vez no estaba la joven en el lugar acostumbrado.

Acercóse á la vivienda de su novia, y acometido por esa osadía re-

pugnante y maligna de los borrachos, abrió la entornada puerta, y al entrar, quitándose el sombrero apabullado, dijo entre golpes de hipo:

— Buenas noches.

Como no le contestaran, saludó á una silla que sostenía un montón de ropas:

— A los pies de Ud., señora.

La lámpara estaba encendida, y solitario el aposento.

El beodo, tambaleándose, llegó á la vidriera que franqueaba la recámara, y aplicando el oído á la cerradura, escuchó un instante.

¡Nada! ... reinaba el silencio.

Alejábase ya, cuando sonó un rumor débil, prolongado, quejumbroso, como lamento; no cabía duda, alguien lloraba; tocó entonces tímidamente la puerta de vidrios, y el aire que se colaba por la que primero abrió, movióla, produciendo los goznes un rechínido que hizo volver la cabeza algo sobresaltado al intruso.

Avanzó un paso más, asustado y tembloroso como un malhechor; ob-

servó con ansiedad hacia dentro, y retrocedió aterrorizado por lo que creía una visión ocasionada por los vapores alcohólicos que le trastornaban.

La madre de Victoria estaba en le lecho, inmóvil y rígida.

La muerte había dado á su rostro enjuto la apariencia de una estatua, ¡creeríase tallado en duro mármol! los labios entreabiertos, tan lívidos como la piel, sonreían enseñando una dentadura estropeada; sus ojos estaban vidriados y fijos como los de esas vírgenes que se ven en los nichos de las iglesias, y por las marchitas mejillas corrían como gotas de agua algunas lágrimas que ya muerta vertía.

El aspecto del cadáver era terrible:

Animábanlo la risa espantosa de los muertos, y las acuosas pupilas lloraban, según los versos del poeta:

Como deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto,

Entre las desordenadas sábanas y

al borde de la cama, caía un brazo amarillo, desnudo, exangüe, que sustentaba una mano crispada en las postreras convulsiones de la agonía.

Arrodillada en el suelo, semidesnuda, con las ligeras ropas en impúdico descuido, desmelenada la opulenta masa de cabellos, pálida como la difunta, estaba Victoria.....

La sangre de Bringas, que corría caldeada por la lumbre del *cognac*, enardecióse, afluyendo á la cabeza; una violenta conmoción sacudió sus miembros, procuró erguir el cuerpo que las debilitadas piernas sostenían trabajosamente, intentó andar, ensayando movimientos vacilantes, y al perder el equilibrio, fué á dar de bruces sobre el cadáver.....

Victoria levantó la cabeza, y creyéndole abrumado por el dolor que ella padecía, echó á su cuello los marmóreos brazos:

—Tú me quieres, lo necesito hoy más que nunca!

Bringas correspondió inconscientemente á las caricias.

Aquella criatura casta, inviolada

con todos los perfumes de la virginidad, que el Acaso por diabólica maquinación ponía ante él excitando sus sentidos, prodújole un deseo en el que se confundían en indescripible amalgama, todas las depravaciones que había soñado en mil eróticos delirios.

El cuerpo yacente, esa vida extinta ya, de la que sólo quedaba el despojo común, subyugóle de extraño modo, y despertó aletargadas lujurias, invitando su virilidad al tálamo siniestro de la muerte.

En su entenebrido pensamiento, chispeó con luz fatídica una idea que en ese momento era sacrilegio.

Poseer á Victoria en la alcoba mortuoria de la madre, parecióle una voluptuosidad suprema, un goce nuevo robado al enigma del extramundo, causóle el placer morboso y punzante de las profanaciones, emborrachó su espíritu, haciéndole sentir una alegría fantástica, muy semejante á la de Lord Byron al escanciar en cráneos, el vino de la orgía.

Estrechó rudamente á la indefensa muchacha, posó sus labios en los inpecables de ella . . . ¡Crujió el jergón veterano! . . .

El quinqué que agonizaba con crepitaciones epilépticas, apagóse de improviso, y después, en la sombra, repercutió estridente y angustiado, un grito de mujer herida, que fué ahogado entre besos mordentes y los últimos estremecimientos de un espasmo!

.....

Los gallos, heraldos fieles de la luz, cantaron; los gatos maullaban galopando en los tejados, y el gendarme que había despertado, sonó el silbato haciendo eco á la infernal algarraba de los animales.

Apareció tras las montañas orientales el rosado fulgor del día naciente, opacáronse las estrellas, invadió una polvareda de oro la bóveda silente del espacio, y el sol, un sol tropical, acribilló con sus agujas de luz, la alcoba triste de la muerta.

Victoria, de hinojos ante un Cris-

to de talla, lloraba dos muertas, su madre y su pureza.

En un ángulo del cuarto, bañado por la cauda rubia que se cribaba por el alambrado de una ventana, estaba Juan Bringas densamente pálido, aniquilado por el remordimiento, arrepentido de su crimen, contemplando con ojos extraviados el cuerpo rígido, la afligida rezadora, el Cristo chocarrero! . . .

Embargábale una angustia inmensa.

Quería rezar, y no tenía fe ni sabía plegaria alguna; llorar, y su embotada sensibilidad no lograba expresar el corazón para llevar á sus ojos una lágrima; consolar á su víctima, y no la ungió con el bálsamo santo de la compasión, porque como el Ángel Maldito, no podía amar á nadie ya . . .!

La sirvienta, extrañando que sus amas no se levantaban, entró á la habitación asombrándose ante el espectáculo que en ella se representaba.

—Nifia, por María Santísima, ¿qué pasa? . . .

Victoria gritaba furiosamente:

—No, mamá, no te vayas!

Y abrazaba el cuerpo como si pudiese con sus halagos darle vida.

—Llame Ud. á una vecina, un cura, un amigo, ¡pronto! . . . que la lleven á otra parte, dijo Bringas señalando á la cuitada.

La fámula salió azorada.

Abrióse después la puerta, y un tumulto de mujeres desgreñadas y andrajosas precipitóse al lecho como jauría de furias.

Entonces Bringas, aprovechando la confusión y aunque ya no estaba ebrio, salió tambaleándose de la casa.

A medida que la brisa matinal disipaba los entorpecimientos de la embriaguez pasada, apoderábase de él una extraña rebelión, y sentía esa hambre de venganzas que mordisquea las entrañas de los que han sido lastimados en la parte más sensible de su ser.

¿Quién le había dañado?

Nadie.

Comprendíalo así sin gran esfuer-

zo, y su voluntad flaca y mezquina, no obstante la sana reflexión, fué impotente para constreñir en las fronteras del deber á esa fuerza inexorable que lo impulsaba hacia las cimas del Mal. . . .

Caminaba despacio, arrastrando el cuerpo fatigosamente encorvado y claudicante, con toda la apariencia de un pobre diablo!

Miraba á los hombres temeroso, procuraba esquivar su presencia á los agentes de policía, y volvía el rostro despavorido al escuchar los más insignificantes rumores, imaginando en su locura que extrañas voces le nombraban, y todos los ruidos eran gritos delatores que arrojaba la muerte desde su tálamo injuriado.

¡Gritos!

¡Cómo martillaba sus oídos el de la virgen inmolada!

¡Aquel grito!

Era un alarido que se introducía en su cerebro como víbora de fuego, y al retorcerse allí, trastornaba las circunvoluciones de su pensamien-

to, apagaba todas las claridades, para poblar su mente con esas pesadillas del pecado, que tórvas y espectrales, cabrioleaban frente á su retina visionaria! . . .

¡Victoria! . . . ¡La madre amortajada! . . . ¡El cuarto obscuro!

¡Tenaz obsesión!

Necesitaba llevar á su conciencia la paz que había perdido, y para conseguirlo, tejía complicada urdimbre de mentiras con los argumentos que menos podrían convencerle.

Cierto, pesaban sobre él muy grandes culpas, pero los sufrimientos padecidos saldaban con creces su delito.

Más bellas muertas reposaban en el osario de sus recuerdos.

Debía olvidar, poner cascabeles á la desesperación, eliminar á puntapiés el alma, reír, burlarse de todo, cambiar las decoraciones del drama por las polichinerías de la comedia, poner la cabeza de Edipo sobre los hombros del Pierrot piñiloco . . . ¡Bello ensueño! . . . lo adormecería

en absintio, en ópalo . . . ¡Ese endiablado ajeno le salvaba siempre en sus apuros! . . .

La casualidad ó el instinto lo llevaron á un burdel.

Subió las empinadas escaleras hundiendo las manos en sus bolsillos para despertar á la somnolienta Afrodita con el tintineo de las monedas . . .

Al declinar la tarde, salió vacilante del pudridero.

Estaba avergonzado y triste.

Sentía el abatimiento y la depresión moral que aniquilan al vicioso después de los excesos.

Recordaba con rubor haber accedido á los empeños locos de la cortesana, una vieja histérica, enferma, moribunda casi, encenegada en todas las corrupciones, corroída por todas las enfermedades, familiarizada á los más nefandos embrutecimientos, agobiada por todos los cansancios, por todos los hastíos . . . !

Veía sus manos con horror, raspaba las ropas contra las paredes, anhe-

loso de quitarles el olor de aquella alcoba, y, á cada instante, al pensar en las vilezas que había cometido, limpiaba su boca con el pañuelo que también exhalaba acre é incitante tu-fillo....

Llegó frente á un vetusto portallón, y ya aventurado en él, detúvose junto á una puertecilla entreabierta y mugrosa.

Después de vacilar un buen rato, entró.

Ascendió tembloroso la empinada-escalerilla, y de rondón colóse en el salón principal da aquella casa.

Apinábase allí compacta muchedumbre.

El banquero, el calaverilla, el desesperado, el padre de familia, el lacayo de la gran casa, el jovencito escapado del colegio que empieza á trampear para satisfacer los caprichos de la primer concubina, el sablista de oficio, el comerciante, el ebrio consuetudinario, todos los que forman las más opuestas posiciones sociales, congregábanse en aquel lu-

gar atraídos y hechizados por el trémulo campanilleo del metal acufiado.

Rodeaba las mesas cubiertas con la clásica carpeta verde un círculo de manos inquietas: habíalas de tísico, transparentes, huesosas y amarillas; de aristócrata, flacas, enguantadas ó con las uñas muy limpias y los dedos adornados de sortijas; de viejo jugador, apergaminadas, groseras, con arborescencias de azulosos nervios que se hinchaban al contacto del dinero; femeniles, con palideces cándidas; de soldado, musculosas, velludas, marcadas con las cicatrices de la guerra; ó de obrero, grandes, fuertes como garras, ahumadas en la fragua, encallecidas en el yunque....!

Del techo, pintado de blanco, pendían varias lámparas alimentadas con petróleo y coronadas por grandes reverberos que refractaban la luz para esparcirla en chorros de una claridad sangrienta.

Sobre las cabelleras enmarañadas de aquellos hombres sudorosos y aco-

bardados que se revolían en la promiscuidad odiosa de un vicio que baraja todas las clases, flotaba indolente niebla de humo, y la atmósfera, caliente, viciada por el tabaco y las respiraciones aguardentosas, era intolerable, provocaba ruidosos estornudos en catarrientas narices, ó toses cavernosas á los pulmones ulcerados de algún tuberculoso!...

Escuchábase un rumorcillo de palabras emitidas en voz queda, algo así como zumbido de colmena, que aumentaba ó disminuía en relación á las peripecias del drama que se desarrollaba en las manazas de los talladores.

Cayó una baraja sobre la columna de monedas, produciendo su aparición un silencio de camposanto.

Bringas, tentado por el diablo de la ambición, colocó sobre ella todo el numerario que llevaba.

—As, sota, dijo un viejecito con voz ronquilla.

Volvió á oirse el rumor de cigarras coreado por el repique de los pesos al caer sobre el tapete.

—Corre, exclamó acariciando el paquete de naipes un cualquiera con bigotes de tambor mayor y orejas de perro dogo.

La lumbre de los cigarros se avivó siniestramente.

Había semblantes descoloridos, enfermos, trastornados por el espanto; rubicundos, apopléticos, sudando copiosamente; angulosos, cobrizos, de ojos hundidos que clavaban miradas de codicia en las pilas de dinero; de cesante, barbados, tristes, curtidos por la miseria, contraídos por sonrisas de ajusticiado que ruñaban maldiciones provocando la bonachona hilaridad de los indiferentes!...

Bringas, después de perder su apuesta, escapó de allí acometido por un paroxismo de cólera.

Afuera llovía copiosamente.

El agua flagelaba los faroles del gas con sus líquidas disciplinas, atormentando las flamas, mariposas de fuego que aleteaban, rehilando su monólogo, al salpicarlas, la aspersión intermitente de las gotas.

Las gentes, sorprendidas por la lluvia, guarecíanse en los umbrales de las puertas contemplando silenciosas y entumidas aquel aluvión de agua que barría el asfalto barnizándolo y agujereaba las charcas, hinchando efímeras burbujas, ó imitando vítreas grecas deafiligranada espuma.

A intervalos atravesaba las enfangadas calles algún bohemio can que con las orejas gachas y la cola entre las piernas, corría á galope tendido buscando el codiciado techo; obesa matrona que levantaba su falda hasta los muslos segura de que á nadie le importaría su audacia, ó bien, algún correcto caballero que avanzaba á picado trotecillo procurando cubrir su cuerpo con el paraguas que al moverse pegado á las paredes se antojaba el ala membranosa de un murciélago.

Los nervios de Bringas, irritados por las emociones anteriores, hacían vibrar su organismo con esa sensibilidad que sobreviene á las grandes crisis morales y que tan cara se

hace pagar al efectuarse la consecuente reacción física.

Huía como un loco escapado del manicomio.

El aire, que soplaba con furor, le arrebató el sombrero, y él, sin reparar en ello, seguía corriendo con la cabeza descubierta.

Mascullaba frases inconexas, mil ideas negras é incoherentes picoteaban su mente como cuervos voraces, y el crimen se aparecía á su paso hablándole de un antro, de un país muy negro donde encuentran descanso los perversos, los galeotes de la existencia, los condenados en el proceso ingrato del destino!

—¡Morir!... ¡morir!....

Fastidiado de la vida, sin fe ni amor á ensueño alguno, con el corazón destrozado por las tarántulas del odio, sintiendo el abrumamiento del fardo, y ansioso de librarse de su peso, pensaba en el suicidio, suponiendo en su nunca visto desvarío que lanzándose al Supremo Enigma, lograría un consuelo á sus padecimientos.

El cuerpo, el frívolo embeleco, agusanado y nauseabundo, sería un simple para la magna alquimia; la transmutación material lo disolvería en el Cosmos, y obedeciendo á la ley de la evolución universal, sería átomo, ó nada. . . . ¡algo mejor que un hombre vill! . . .

¡Corría! . . . ¡corría! . . . ¡corría! . . .

Un borracho que pasaba canturreando, le abofeteó porque tropezó con él; al transitar una plazuela derribó un carruaje, y caído ya, el cochero propinóle terrible latigazo, que instantáneamente inflamó en su frente un verdugón.

Una lágrima de infinita amargura resbaló por sus mejillas, para fundirse entre el lodo y la sangre que las cubrían.

Levantóse con lentitud, aturdido por el golpe, y sin limpiar sus ropas manchadas de cieno, volvió á correr!

Llegó á su casa en un estado lamentable.

Sacudía sus miembros violento temblor y la fiebre ardía en su crá-

neo encandesciendo las ideas que le sugería el dolor, abrasándole con llamaradas de hoguera! . . .

Entró á su aposento buscando reposo.

Después de tropezar con todos los muebles, dejóse caer en un diván.

La veladora, con globo de cristal esmerilado, alumbraba, difundiendo una claridad opalina y tenue.

Bringas, que había ocultado el rostro entre las manos, levantóse, y sobre un tapiz gobelino, entre caprichoso trofeo de alfanges, arreos guerreros y antiguas armas orientales, vió una cabeza de Budha ebrio, amarillenta, idólica, formidable, que reía en eterna y diogenesca carcajada, como burlándose con su ironía asiática de todos los sufrimientos que se ensañaban contra él.

Tuvo miedo; acometióle el terror pánico de los calenturientos, y para no ver los sarcásticos visajes del Budha, cerró los ojos varias veces. . . .

Entonces su cobardía lo hizo visionario.

La máscara se había metido entre

sus párpados, veíala crecer adquiriendo monstruosas proporciones, multiplicarse hasta lo infinito y revolar en torno suyo, siempre reidora y endiablada, contemplándole con sus brillantes y oblicuas pupilas de esmalte.....!

.....
Transcuridas varias horas, al sentir alguna calma, irguióse, haciendo un esfuerzo sobrehumano, fué hacia el muro y descolgó el objeto que tan crueles suplicios le causaba.

Después, abrió la ventana, y con todas sus fuerzas estrelló la careta contra el empedrado, gritando rabiosamente.

—¡Maldito!... ¡maldito!...

Allá, lejos, en la noche caótica, vibró con estertoroso acento el eco:

—¡Maldito!... ¡maldito!...

Aquellas blasfemas palabras parecían proferidas como anatema por la provocada iracundia del dios japonés.

Vegetaba en un pueblecillo cercano á la capital, Doña Bruna, anciana pariente de Victoria en grado lejano.

Esa piadosa matrona, al saber la desdicha de la huérfana, llevóla á su hogar, creyendo con la mejor buena fe, que al ofrendarle su casa y su techo, realizaba una obra pia que le sería recompensada en el tribunal ultraterrestre con incontables indulgencias.

Era la protectora de la joven una señora de sesenta años, obesa, ajamónada y de mezquina estatura; usaba gafas con vidrios azules, y no obstante lo avanzado de su edad sus cabellos se conservaban negros aunque á cuestras llevaba desproporcionada jiba, corporal imperfección de que abusaron los guasones y calave-

ras de la botica para aplicarle motes y sangrientos epigramas.

Vestía comunmente de negro, y colgaba á su cuello innumerables cintas benditas, religiosos amuletos y medallas que, por su extravagante fundición, volverían loco á un numismático.

Fumaba cigarrillos, no desdenaba un polvo de rapé cuando se lo ofrecían, y en sus manos de momia se agitaban siempre las gruesas y mugrosas cuentas de una enorme camándula.

Doña Bruna pertenecía á muchas corporaciones religiosas, y en todas ellas ocupaba un lugar prominente, pues su doncellez septuagenaria (de la que hacía rumboso alarde á cada momento) la revestía ante sus amigas y comadres de una respetabilidad extraordinaria.

La excelente santurróna sabía de memoria cien oraciones, vestía santos de palo, colectaba limosnas, comulgaba muy seguido, fastidiaba á los curas, tijeleteaba en las sacristías y atormentaba con sus jerigon-

zas, pedanterías ridículas y ostentaciones de virtud alambicada, á todo el que tenía la desdicha de tratarla con frecuencia.

Cuando Victoria llegó á su casa, recibióla melosamente, no sin esperarle antes un elocuentísimo sermón en el que campearon apostólicas máximas; hablóle también, (y con terrible saña) de la maldad de los hombres, la bienaventuranza que alcanzarán las mujeres que los odien, y la eterna condenación de las incautas que sucumban á sus engañosas maquinaciones.

Ordenóle hacer triduos y promesas á todos los santos de su noticia, y exigió como indispensable condición para recibirla, una confesión de culpas ante el tribunal penitenciario que presidía en el templo parroquial el buenazo Don Eloy, un bendito vicario de la parroquia, cuya santidad era tan grande, hasta soportar sin enfado todas las impertinencias de la católica dama.

Victoria soportó las filípicas de Doña Bruna y sufrió sin chistar sus

mandatos porque creía encontrar en ella á una amiga desinteresada y buena que la amparase en su caída.

Muy pronto comprendió que se engañaba.

Los primeros días, Doña Bruna fué relativamente amable, respetó su dolor y aun se dignó consolarla algunas veces.

Después que transcurrieron varias semanas, como Victoria continuase gimiendo inconsolable, la rezadora encarósele de mal talante:

—¿Todavía estás fastidiando?

—¡Sufro tanto!

—La misma cantaleta! . . . lo que quieres es no trabajar.

—¡Oh no, eso no!

—Mira, yo soy pobre y no puedo estarte manteniendo.

—Naturalmente.

—Es preciso que te ocupes en algo.

—Ya lo había pensado.

—Pues hay que ponerlo en práctica.

—Lo procuraré.

—Don Fermín me dijo esta ma-

ñana que necesita una mujer joven y limpia, para que se encargue del gobierno de su casa.

—Iré con él.

—Le hablé de tí, y sin escrúpulos se propone admitirte á su servicio, prometiendo que hará cuanto pueda en tu favor.

—Lo agradezco mucho.

—Te conviene ese acomodo, entre otras causas, porque entrando á su lado no podrán las gentes murmurar de tí.

—¿De mí?

—Se habla de cierto novio á quien recibías todas las noches en la alcoba.

—No es cierto.

—Lo sé. . . . ¿crees que si lo fuera te hubiera yo admitido aquí? . . .

—¡No señor! . . . estás conmigo porque el padre Eloy me ha respondido de tu inocencia.

—Le diré á Ud. . . .

—¡Mi casa es muy honrada!

—¿Quién lo duda?

—No ha entrado á ella ningún varón.

—Lo comprendo.

Doña Bruna repantigóse orgulloosamente en una antigua poltrona y continuó:

—¡Líbreme el cielo de cualquier comercio con los hombres!... ¡Son el demonio!

Y volviendo al tema esencial de su plática:

—Al principio sospeché, no lo niego, pero luego que te confesaste, interrogué mañosamente á Don Eloy, y me aseguró que no hubo nada.... ¡que si nó!.... ¡Virgen Santísima!.... ¡Cómo lo había de permitir!

—El padre Eloy es un santo.

—Queda dicho, irás con Don Fermín.

—Muy bien.

D. Fermín (que tal fué el nombre que en la pila recibió el prefecto político de aquella municipalidad) era un indio aborigen casi, de atlética musculatura, nariz roma y entendimiento aún más; granujienta y curtida piel, lampiño, de lacio pelambre, ingrato como un mulo, lúbrico, rica-chón y coronel de infantería.

Fué su instrucción (si así llamarse puede á lo que de letras conocía) tan insignificante y mala, que sólo alcanzó á escribir acalambradas letras y períodos preñados de solecismos y faltas de ortografía.

Decíase liberal siendo enteramente obscurantista, y creía con toda la terquedad de su raza, que la libertad es el pillaje y la anarquía, porque en épocas revolucionarias se había enriquecido robando y asaltando en despoblado.

Era más avaro que Arpagón, bebedor como Noé y cual pocos mujeriego.

Recibió á Victoria amablemente, defendiéndola ante Doña Bruna con la elocuencia patética de un orador de púlpito, habló de casarla con un hombre honrado y llevó su magnanimidad hasta el extremo de ofrecer una dote á la desheredada, si era obediente y le servía á su gusto.

Cuando la joven quedó instalada en la casa de su nuevo amo, Doña Bruna llegóse á la suya alegre como unas castañuelas, pues no suponía

alejar tan fácilmente á esa intrusa que desnivelaba su presupuesto de vieja gazmoña y golosa.

La huérfana permaneció algún tiempo al servicio de Don Fermín, y fué ese período de incesante lucha, en la que siempre salió acrisolada y triunfante su honradez.

Don Fermín, con grosería de patán, solicitábala todos los días, besándola tras de las puertas ó prodigándole á viva fuerza caricias bruscas é indecorosos estrujamientos.

Victoria se negaba siempre á satisfacer las concupiscencias del corrompido funcionario, y sus resistencias lograban solo excitarle más y más.

Don Fermín estaba perplejo.

¿Cómo!... ¿esa muñeca tenía el increíble atrevimiento de no acatar con humildad sus caprichos?... ¿Por qué tantos melindres?... ¿con él?... la primera autoridad, á cuyo mandato sucumbieron como esclavas la maestra de escuela, la hija del recaudador de rentas, la hermana del secretario, la mujer del juez de

letras, y tantas y tantas que sólo esperaban una palabra de sus labios para entregársele y saciarlo hasta la hartura de placeres!...

¡Aquello era inaudito!

No consentiría que nadie afrentase su autoridad, ese derecho omnímodo de que estaba revestido por la ley, y menos aún, aquella chiquilla que con sus melindres de señorita se le había metido en el corazón como un gusanillo, y allí, hacía taladros de roedor y le hurtaba su tranquilidad de bruto que tenía en tan gran estima!... ¡recanijo!

Si de buen talante no cedía, tanto peor; la obligaría.

Por algo era el primer mandatario del cortijo aquél.

Y se paseaba en su cuarto como un tigre enjaulado, á quien atormentaran maleantes picadores.

Veía su cama, aquel lecho que fué como el de Procusto para muchas sacrificadas, y al pensar que sobre sus voluptuosas blanduras no se había estremecido el cuerpo estatuario de Victoria, mordíase los hin-

chados labios, repitiendo enfurecido.

—¡Caerá!...¡oh!...¡sí!...¡caerá!...¡caerá!...

Una mañana entró Doña Bruna á las habitaciones del prefecto, y al abrir la vidriera, detúvose asombrada al oír su bronco vozarrón que repetía:

—¿Por qué no quieres?

—¡Nó!...¡nó!... dijo alguien con acento alterado.

Oyóse después ruido de sillas que caían, y muebles que se desordenaban, la jadeante respiración del violador, y la voz angustiada de Victoria murmurando:

—¡Déjeme Ud. porque grito.... ¡Sí!...! voy á gritar!...

Rodaron los dos cuerpos en la alfombra derribando, al caer, un anti-guo capelo de vidrios adornado con prismas de cristal que guardaba entre sus transparentes paredes una escultura bizantina.

La caída del mueble produjo un ruido infernal.

Doña Bruna, rezando y santi-guándose, entró al aposento:

—Glorifica mi alma al Señor, mi espíritu se llena de angustia al contemplar...

Y no acabó la tenebrosa oración, porque veía algo más formidable que un ángel apocalíptico, algo que la anonadaba en una atonía mayor que la que le hubiera causado ver las hostias eucarísticas deshacerse en las materias fecales de una letrina.

¡¡Don Fermín en calzoncillos!

Pasado el lance, Victoria volvió á vivir con Doña Bruna, y entonces el honrado Don Fermín reveló la falta de la joven acumulando asquerosos detalles.

La beata no lo creyó, atribuyendo la delación á un desahogo de hombre despechado.

Pero llegó la vez en que la violencia de Bringas, esa caída de que la joven era irresponsable, fuera imposible de ocultarse por más tiempo.

Estaba en el octavo mes del embarazo.

Cuando Doña Bruna advirtió el delicado estado de la seducida, su furor no tuvo ejemplo, y contra toda clase de miramientos, después de expulsarla, dijo á la muchacha, que ni muerta volvería á franquearle el umbral de su casa.

Victoria salió gimiendo.

¿Adónde iría?

Estaba enferma.

En el arroyo.

Sola.

Sin poder trabajar.

.....
Su primera idea fué buscar á Bringas.

Seguramente su seductor no sería tan miserable hasta rehusarle lo más necesario.

Como ignoraba el lugar donde él vivía, recorrió las calles donde acostumbraba verlo, y rondó de día y de noche la casa en que había fallecido su madre y nacieron sus amores.

Todo en vano.

Encontróse de improviso ante la

descarnada faz de la miseria, ese dragón con el que nunca había peleado frente á frente.

Alimentóse una semana con trozos de queso viejo y grosero pan de avena que le dieron unas mujeres casi tan indigentes como ella, bebió agua en las fuentes públicas, y aguardó en los hospitales un mendrugo y un jarro rebozando la bazofia que alimenta á los mendigos que como canes roñosos pululan por tales holgaderos. . . .

Al perder la esperanza de encontrar al hombre á quien con tanto afán perseguía, invadió su espíritu un desaliento que la hacía cobarde en la lucha que un fatalismo singular la obligaba á empeñar con la desgracia.

Pasaba el tiempo vagabundeando por las calles, ayunaba peor que trapense cuando eran malos los días, y si soplaba una racha de buena fortuna, se atiborraba con sobras de la mesa de un burgués. . . .

En las noches invernales, abrigábase bajo el techo de cualquier por-

tál, ó buscaba en los barrios apartados una puerta protectora del aire, ó los escombros de alguna casa en construcción, para descansar allí, entre las piedras húmedas y los perros callejeros....

Amaba demasiado á Bringas para poder aborrecerlo, acordábase de él incoherentemente; al evocar el recuerdo de su perecido amor, lucubrábanse sus ideas con torpeza y estupidez, parecíale su degradación el despertar de una pesadilla, y no quería creer que ella, la miserable harapienta, la pobre pária, fuese aquella niña rolliza y feliz que se arrodillaba junto al tálamo de cortinillas blancas, para orar por el infame.

Vistió el deformado cuerpo con andrajos, no volvió á peinar sus rizos, ni á lavar su rostro, y aquella incuria fué ajando lentamente el grano aperlado y limpio de su piel, hizo áspero y de rojizos tonos su cabello, dió estúpida expresión á sus pupilas, robó á sus manos la elegan-

cia medioeval, y tornó maritornescos sus modales....

Estaba fea.

Sus zapatos se acabaron en las correrías, y como no tenía dinero para adquirir nuevos, amasó los cienos de la plazuela con los pies desnudos.

Perdió la vergüenza y el recato.

Medio desnuda, pingajosa, repugnante, asaltaba á los transeuntes pidiéndoles limosna, reía como idiota si cualquier libertino le decía una necedad, y cuando algún filántropo de los que compran á centavos la gloria eterna le daba una pieza de cobre, corría á gastarla en aguardiente.

Su único placer era embriagarse.

¡Increíble transformación!

Aquella niña pudorosa y cándida que había temblado de emoción en los brazos de Juan Bringas, al degradarse en la miseria usaba un lenguaje soez, bebía con esa insacia-

bilidad de los que buscan el Nirvana en el alcohol, sentíase dispuesta á la riña, y odiaba, ella no sabía determinadamente á quién, pero odiaba de una manera salvaje....!

De repente sentía estremecimientos en el vientre, y el recuerdo de aquel niño espurio que iba á nacer sacudía bruscamente su indiferentismo, conmovíase, y pensaba llorando en el sombrío porvenir que aguardaba al fruto prohibido de sus castos amores:

—¡Bringas!.... ¡Bringas!....

Pronunciando ese nombre, aparecíasele como á un conjuro, el bello anhelo de otros días.

Noviazgo paradisiaco: su frente coronada de azahares, las puertas del hogar abriéndose, una luna de miel arrullada por los besos que estallaban en el nido, y después el rubio querubín columpiando sus sueños de amor en la cunita....

¡Y nada era cierto!

.....
Una noche vió á Pedro el compinche inseparable del ingrato,

Conocía la buena índole del joven, y corrió presurosa á detenerle:

—¡Una limosna, por Dios!

—Otra vez, respondió el solicitado con aspereza.

Victoria no quería darse á conocer, porque un secreto instinto de orgullo se revelaba en su interior, pero eran las doce de la noche, había pasado la gente de los teatros, sólo quedaba el gendarme, y ése la amenazó con llevarla á la comisaría si no se alejaba en el acto.

Decidióse de improviso, y corrió hasta alcanzar al trasnochador.

—Un socorro.... Señor.... Pedro....!

El amigo de Bringas volvióse bruscamente; observó á la límpida claridad de un foco eléctrico el rostro demudado de la mendiga, y no conociéndola, preguntó:

—¿Quién es Ud?

La infeliz guardó silencio.

—¿Quién es Ud....?

—Victoria.

—¿Victoria?

—Sí, yo soy Victoria.

—¿La novia de Pablo?....

—Ella misma.

—¡Oh, tenga Ud., dijo, poniendo en sus manos un puñado de monedas á la vez que se escapaba.

La joven le siguió, y volviendo á alcanzarle, preguntó:

—¿Dónde está Pablo?

—No piense Ud. en él.

—¿Por qué, si lo amo?

—Después de lo que ha hecho?

—Después de todo!

Pedro hizo ademán de marcharse.

Victoria le detuvo.

—¿Dónde está?... ¡quiero saberlo!

—¿Se empeña Ud?

—Sí.

—¿A costa de un nuevo desengaño?

—De todo!

—Pues bien.... Pablo.... es un ingrato....

—Lo sé.

—Se arruina por otra mujer.

—¿Otra!.... ¿otra!....

—Sí.

—Y.... ¿quién es?....

—Una perdida.

—¡Dios mío!....

Pedro huyó, y Victoria cayó al suelo regando las monedas que le había dado.

.....
Cuando volvió en sí, había desaparecido su dinero.

Alboreaba el día.

El sol atomizaba su oro para espolvorearlo en todas partes.

El espacio estaba azul, sin nubes, en una calma augusta.

Flotaba el efluvio primaveral impregnado en odoríferos perfumes, y sobre las azoteas, en las negruzcas torres de los templos, las campanas llamaban á misa de alba, arrojando al viento sus clamores de bronceas estridencias.

La vagabunda levantóse con trabajo.

¡Cuántos días como ese le había parecido el amanecer más bello, más puro el infinito, más cariñosa la vida!

Tenía una peseta.

Caminando lentamente llegó á una tiendecita que á la sazón abrían, y arrojando el dinero sobre el mos-

trador, vociferó de una manera horrible:

—¡Aguardiente!....

—En qué lo pongo?

—En un vaso.

—¿Lo vas á beber?

—Sí.

El comerciante, que era español, inculto y feo como un cerdo, echó en sucia vasija de vidrio, una buena porción de un líquido cristalino como el agua.

Victoria lo apuró con trabajos y á grandes sorbos.

Salió del almacén, y momentos después, los efectos de la perniciosa bebida se hicieron sentir violentamente.

Andaba con las piernas en compás, balanceando los brazos y enseñando con cínico impudor sus senos, que los vestidos desgarrados descubrían.

El recuerdo de sus penas provocábale alegrías de idiota, de borracho, y cantaba obscenidades excitando el desprecio de los escasos transeuntes, y provocando silbas y pe-

dreas de una turbamulta de harapiezos que alegremente la seguía....

Después de vagar por el barrio algunas horas, sintiéndose vencida por el sueño y la fatiga, se recostó en la puerta de una iglesia, y allí durmió profundamente.

A la puesta del sol despertóla el sacristán, diciendo que iba á cerrar el santo asilo.

Alejóse obediente, confundida entre unos leprosos mendigos que contaban, echándolos en sus pueras alforjas, los dineros que habían ganado.

Sentía hambre y sed, esa sed insaciable de los bebedores cuando ha pasado la enajenación alcohólica.

Con debilidad de convaleciente, y casi arrastrándose, volvió de nuevo á callejear, y fué á los pórticos de los teatros para esperar á los concurrentes y pedirles dinero....

Ya muy tarde, á las altas horas de la noche, encontró varios grupos de mujeres embadurnadas de albayalde, con las bocas chorreando co-

lorete, que reían exhibiendo sus dentaduras de calavera, hacían sonar sus enaguas almidonadas en las baldosas, y llamaban á los hombres con voz ronca:

—Oye, chiquito.

—Ven acá.

—Vamos?... .

Aunque sentía repugnancia, acercóse á ellas:

—!Una limosna!

Las señoras se alejaron, riendo estrepitosamente, de su barriga.

—No cenaré, dijo Victoria tranquilamente.

Anduvo mucho tiempo, sin descanso, y, fatigada de un ejercicio del que se resentía su estado, dejóse caer sobre un banco de la Alameda.

Momentos después dormía profundamente.

A las dos de la mañana la despertó un borracho que olía muy mal, decía malas palabras y quería llevarla á un hotelillo de tercer orden.

Casi á fuerza separóse de aquel hombre, y andando con lentitud, pues se sentía muy débil á causa de

no haber tomado alimento desde el día anterior, llegó á la calle en que estaba la iglesia donde había dormido todo el día.

Ya frente al templo, sintió terribles dolores en el vientre, punzadas semejantes á las que le causarían piquetes de alfiler, luego, fuertes calambres, bascas, violentos temblores, y, miedo, el miedo pánico de las primerizas.

Nublábase su vista como si le fuera á dar un síncope, perdía el tacto y tartamudeaba al espeluznar su piel un frío, sólo comparable al de la muerte.

Como experimentara alguna mejoría, hizo un sobrehumano esfuerzo y procuró caminar de nuevo.

Entonces, volvieron á mortificar la los dolores con más fuerza y más agudos.

Sus ropas estaban empapadas en sudor fétido, y temblaba al besarle el rostro las tibias auras matinales.

Entró á la Iglesia. Creyendo que agonizaba, llegóse á un confesonario que estaba vacío.

Sintió una conmoción espantosa, como si todos sus miembros se desarticularan rompiendo en pedazos los huesos, y, ahogando un grito, el grito iracundo de las madres, cayó con la faz desencajada y sin movimiento....!

Una hora después, desfallecida y sin aliento, acercó á sus labios con religiosa unción la cabecita sucia y pestilente de su hijo.

Aunque comprendía que era imposible, intentó levantarse.

Convencida de que no lo conseguiría, se sentó en el suelo esperando con el descanso recobrar las fuerzas que había perdido.

¡Cuántas ideas revolaron en su mente!

¡Qué emociones tan terribles lucharon con ímpetu de cataclismo en su espíritu atribulado!

Había concebido un niño, fruto de aquel amor que los demás juzgaban crimen, llegaba el infante al mundo, sin nombre, sin esperanzas gratas, en la indignancia, nacía en el arroyo

y en él crecería, robaría, mataría, acaso, acaso, le arrancaría el patíbulo la existencia execrable que, como consecuencia de su debilidad mujeril, le daba ella en ese momento.

¿Y para eso había querido tanto á un hombre?

¿Rendía el obligado tributo á la madre común, para entregar á la sociedad un pernicioso, un enemigo, tal vez un gran malvado?

¡No, Dios no era bueno!

¿Por qué la abandonaba en momentos tan terribles?

¿Cuál sería la suerte de aquel niño?

¿Viviría?

¿Moriría?

Esas preguntas la abrumaban.

Contempló al hijo de Bringas con expresión de infinito sufrimiento.

Era blanco, rubio, sonrosado como ella.

—No se parece á él, dijo.

Y aquella reflexión la decidió.

El recién nacido sonreía.

Ella, entonces, lo extranguló.

—Mi venganza!.... ¡Es mi venganza!

La criatura exhaló un vagido apa-

gado, agitó las enclenques piernecillas y después quedó inmóvil.

Había muerto.

Transcurrido un largo rato, y obedeciendo sólo al natural instinto, irguióse y salió del templo trabajosamente.

Una vieja que rezaba é impasible presenció la comisión del horrendo delito, siguióla sonriendo malignamente, y cuando ambas estuvieron bastante alejadas del lugar de la tragedia, aproximósele diciendo:

—¿Mi alma, consentirá Ud?

La fugitiva volvió el rostro, y mirando á la mujer, dijo con estupor:

—¡Doña Gertrudis!

—Ella misma, querida niña... yo y Don Recaredo la hemos perseguido toda la noche, y ahora ya no hay remedio.... irá Ud. con él.

—No quiero, no; aborrezco á ese viejo.

—¿No?

—No!.... No!....

—Entonces aviso á la policía.

—¿Qué dirá?... .

—Que mató Ud. á su hijo...! cualquier cosa!

—No es cierto.

—Lo he visto yo.

—¿Ud?

—Sí.

—¡Dios mío!

—Conque decidirse, y luego.... ¡mosquita muerta!

—Sí, deláteme.... soy una miserable.... he asesinado á mi niño.... escuche Ud.... yo le quería mucho.... y lo he matado.... merezco que me castiguen.... morir.... ¿verdad que debo morir?

—La cárcel nada más.

—¡Virgen Santísima!..... ¿qué hice?... ¿por qué he sido tan mala?... ¡mi pobre chiquito!....

—¿Sí ó nó? preguntó la vieja inflexible.

—Me siento muy enferma.

—Eso pasa, Ud. se aliviará y luego va con Don Recaredo, ya está puesta la casa, ¡muy elegante! habrá coches, vestidos, joyas, dinero.... todo!

—Pablo, Pablo mío, gimió la infanticida con acento dolorido.

—No piense Ud. en semejante lépero.

—¿Por qué si lo amo?

—Tiene otra mujer.

Victoria vaciló.

En los platillos de una balanza siniestra se mecían los celos y el amor.

¡Y pesó el odio más!

Aunque la joven ya estaba perdida, le horrorizaba la implacable disyuntiva.

Doña Gertrudis, aprovechando sus vacilaciones, asíóla de un brazo y casi á rastras la condujo al extremo de la calle.

Una berlina esperaba y en el interior de ella Don Recaredo Buendía.

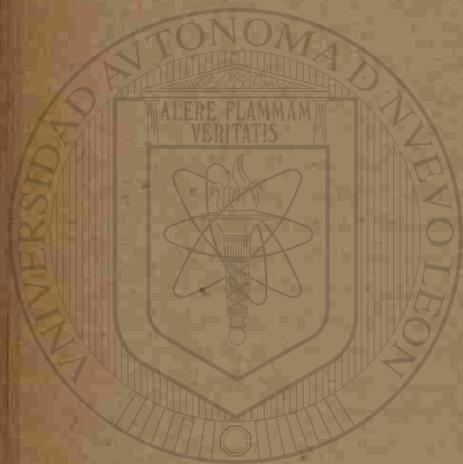
Cuando la cuitada estuvo entre los cojines de hule del ambulante armatoste, el vejete, besando sus lividos labios, decía socarronamente:

—Tenía que suceder, muchachita.

Partió el vehículo al tardo galope de las éticas caballerías, y crujiendo entre los hundimientos y baches del

empedrado, perdióse entre un laberinto de plazas y callejas.

Y, arriba, en la inmensidad silente, se iniciaba con majestuosa pompa la sempiterna teogonía del sol; los celajes que flotaban cual vellones de algodón, teñíanse en matices desmayados, y el halo fúlgido del astro, subía, semejando áurea custodia ó nimbo de santo, para retratarse luego en las charcas espejeantes de la dormida ciudad, que ocultaba tras las persianas de sus leprosos edificios, todo ese microcosmo de miserias que hierve tras las cortinillas de la alcoba, elaborando vergüenzas que solo pueden verse tras la máscara de Exili...



JUAN.

¡Cuán bella era!

Sus cabellos, de un rubio ceniciento, circuían el óvalo del rostro cayendo sobre los hombros en áureas espirales; los ojos eran árabes, rasgados, negros, velados sombríamente por la penumbra de largas y arremangadas pestañas; ducales las manos; el pecho de mujer, pero sin opulencia, parecía que las líneas de su cuerpo se detenían adonde acaban las del clasicismo: robad á la palma que se columpia en las aromosas florestas de la India la gracia y la flexibilidad, y tendréis su talle; buscad entre todas las "cantaoras" de Andalucía, y cuando veais un piececillo calzado con chapín de seda recamado de lucientes lentejuelas que repiquetea en travieso ta-

coneo sobre las tablas de una mesa, pensad en el de María; añadid un ademán garboso sin petulancia, gracioso sin afectación, y la tendréis á ella.

¡Estaba siempre triste!

Su memoria evocaba tan conmovedores recuerdos! el bosque de limoneros, las torres de la iglesia, el canario amigo, la gata blanca, los tiestos de flores!... padecía también la nostalgia del terruño, pensaba en la playa alfombrada de arena, lamida eternamente por las espumosas aguas del Pacífico, el escabroso peñón donde descansaba en los atardeceres marinos leyendo á Longfellow y embriagándose con delicia en las salinas emanaciones del viento de mar, ¡el mar! ¡el mar!... ¡cuánto lo amaba, con sus ondas verdosas y encrepadas muchas veces, otras, azules, mansas, perezosas, ¡era su amigo! habíale dicho muchas ternezas en sus broncos rumores, y, estaba lejos!... muy lejos...!

Imposible hallar contento en aquel destierro, pero era preciso, ella lo

sabía, lo habían mandado así los médicos, esos amables caballeros que miraba con terror como si fuesen mensajeros de la muerte: habíale dicho que los vientos del natal villorrio envenenaban su organismo, que un cambio de clima le daría la salud, ¡la salud! cuánto ansiaba el precioso dón: á semejanza de Margarita Gautier decía estremeciéndose:

—¡Morir tan joven!...

Estaba tísica.

Sentía en los progresos de su enfermedad la proximidad de la muerte, y, al pensar que su preciosa existencia languidecía como las flores que se marchitan prematuramente, una lágrima, un dolor hecho diamante caía de sus ojos para secarse en las siempre ardorosas mejillas.

.....
.....
En el pueblo, todos le decían Juan. Si álguien preguntaba al vecino: —¿Quién es?...!

El interrogado sonreía y contestaba lacónicamente:

—Es Juan.

Y el curioso tenía que contentarse con la sintética respuesta.

Juan habitaba una buhardilla, situada en el barrio pobre del pueblo; la indigencia, esa marea de crecientes necesidades que casi siempre es precursora de esa tempestad de las almas que se llama la desesperación, lo había mecido en sus descarnados brazos desde niño.

Era huérfano. Ignoraba quién fué su padre; sólo sabía que su vida era el padrón de la deshonra de la mujer, que al darle el sér, había sucumbido.

Siempre estaba melancólico; veía-sele pasear por los campos cabisbajo y ensimismado, como si una idea cruel se hubiera apoderado de su cerebro.

En sus meditaciones nunca reparó en las mozas, que buscaban sus miradas con esa atrevida insistencia de las coquetas que quieren aprisionar en la tela de araña de sus gracias, al desdichado á quien cupo en suerte encarnar sus caprichosos ideales.

Nunca pensó que era guapo, ni que pudiera su miseria inspirar un sentimiento que, cuando más benévolo fuera, la compasión á las demás gentes ligábanlo únicamente los vínculos de la semejanza; era en su país un extranjero, un paria, porque llevaba en sus andrajos la lepra de que huyen todos: la miseria.

Cuando pudo analizar libremente, y la realidad, esa parca de los ideales arrancó de sus ojos la gasa de colores luminosos, á través de la cual había visto la vida cual un paraíso, como era altivo, pensó, estreme-ciéndose, en la magnitud de su desgracia, y desde entonces vió con infinito desprecio el medio mezquino donde bregaban sus ensueños.

Buscaba la soledad, esa única compañera de la desgracia, porque en su alma soñadora y artista dormían sentimientos delicados, melancolías de un corazón lastimado por el pesar y el desencanto desde la edad de las ilusiones.

Como era joven y estaba prendado de una esperanza informe,

avanzaba á ciegas en el período más peligroso de la vida del hombre que sueña.

Una conmoción nueva que agita-
ra su ser, podría desequilibrar sus
facultades en peligro y serle fatal.

Cierto día paseaba Juan por el
collado.

María también.

Las ideas de los jóvenes eran di-
ferentes y, sin embargo, había entre
ellas analogía.

María temía la muerte.

Juan la deseaba.

Ella miraba el cielo.

Él buscaba algo en la tierra.

¡Tal vez la tumba!

De repente vió á María, y la fas-
cinadora hermosura de la criatura
conmovió su corazón en sensaciones
que hasta entonces le eran ignora-
das; aquel encuentro despertó en
su espíritu todas las virginidades
que había en él aletargadas; fué
algo como deshojamiento de cora-
las.... desde entonces su ser gravi-

tó en un mundo nuevo, padeció
agonías que le causaban sensaciones
de extraño placer, y su corazón, an-
tes vacío de afecciones é indiferente
á todo, se quemaba en la hoguera
de una pasión desgraciada, sin espe-
ranzas, desigual, insensata....

¡Él, amando á María!... ¡imposi-
ble era fundir la noche en la luz!

Todas las mañanas, al asomarse á
la ventana, encontraba María un ra-
mo de flores, siempre olorosas y
fragrantes, tanto, que cuando tocaba
las rosas con sus frágiles dedos, veía
resbalar por los pétalos las gotas de
rocío, aun no evaporadas por el vaho
ardoroso del sol.

La imaginación romántica de la
joven se perdía en conjeturas.

¿Qué mano sería aquella que colo-
caba un ramillete en su ventana?..

En las noches aullaba con furia el
mastín de la casa.

Los alarmados sirvientes creían

que algunos malhechores merodeaban con aviesas intenciones, y, obediendo á una prudencia que mucho se acercaba al miedo, habían prevenido á la autoridad municipal.

El celoso perro ladraba porque al amanecer de cada día un hombre escalaba la verja del jardín, con paso desconfiado llegaba á la ventana, y, como otro Siebel, dejaba unas flores y escapaba.

Con la intuición adivinadora de la mujer, comprendió María que cada flor de aquellas representaba un juramento de amor, y, sin saber por qué, se sentía arrastrada por un afecto casi arrebatado hacia el desconocido.

A fuerza de pensar en Juan, la joven llegó á olvidar su enfermedad, pero ella avanzaba lenta, cobarde, traidora, implacable!.....

Cierta noche que Juan, como de costumbre atravesaba el jardín, sentía violentarse los latidos de su corazón, embargándole á la vez una sensación que tenía algo de la amar-

gura y de la alegría; en su mano temblaba un buqué de sensitivas; acercóse á la alcoba de su amada y sorprendido observó que estaba profusamente iluminada; aceleró el paso, y vió que en el centro, en un tálamo de lirios, estaba María..... ¡muerta!... estrechando en las manos amarillas su ramo, el ramo de ese día!...

Un rumor insólito rezumbó en sus oídos, como el aleteo de un ángel malo; escuchaba los lamentos de los que lloraban, el universo desapareció para él, y, poseído de terror salvaje, escapó....

Al saltar la reja, una mano se apoderó de su brazo asiéndole fuertemente á la vez que una voz aguardentosa le decía:

—Sígame á la prefectura.

Juan no tuvo alientos ni para hablar; encontrábase en un estado que mucho se acercaba al idiotismo; cuando hubieron llegado á la oficina municipal, el aprehensor dijo al comisario: —Este es el ladrón de la casa del Sr. F.,...

Entonces el desventurado amante de María cayó al suelo presa de violentas convulsiones.

El padre de María lloró á su hija mucho tiempo, pero al fin llegó el olvido, ese tirano que lo extingue todo, y, tras de él, la indiferencia.

Algunas veces, por deber, iba á colocar una corona sobre la losa que guardaba el cuerpo de la tísica, y siempre veía un ramo de blancas azucenas, y cerca de allí, á Juan que contemplaba la sepultura.

Entonces el buen hombre sonreía con benevolencia, y mirando al huérfano exclamaba á media voz:

—Pobre muchacho, ¡singular locura!

PARA BALBINO DAVALOS.

NOCTIVAGA.

Recoge la sucia falda, ríe á los transeúntes y camina con movimiento de culebra, balanceando en las caderas su endeble busto de chiquilla.

Es bonita.

Tiene cerúleas pupilas como una núbil del Rhin, formas casi infantiles, y sonrisa picaresca, provocadora, de pilluela, de plebella.

¿Por qué está alegre esa huérfanilla sin padres, ni casa, ni alimento que llevar cotidianamente á su boquita bermeja?

¿De dónde vino?

¿Bajó mecida por tenue celaje esfumado en auríferas nébulas de oro?

¿Brotó del cáliz de regia flor de lis como arábigo perfume hecho mujer?

Ella lo ignora.

Entonces el desventurado amante de María cayó al suelo presa de violentas convulsiones.

El padre de María lloró á su hija mucho tiempo, pero al fin llegó el olvido, ese tirano que lo extingue todo, y, tras de él, la indiferencia.

Algunas veces, por deber, iba á colocar una corona sobre la losa que guardaba el cuerpo de la tísica, y siempre veía un ramo de blancas azucenas, y cerca de allí, á Juan que contemplaba la sepultura.

Entonces el buen hombre sonreía con benevolencia, y mirando al huérfano exclamaba á media voz:

—Pobre muchacho, ¡singular locura!

PARA BALBINO DAVALOS.

NOCTIVAGA.

Recoge la sucia falda, ríe á los transeúntes y camina con movimiento de culebra, balanceando en las caderas su endeble busto de chiquilla.

Es bonita.

Tiene cerúleas pupilas como una núbil del Rhin, formas casi infantiles, y sonrisa picaresca, provocadora, de pilluela, de plebella.

¿Por qué está alegre esa huérfanilla sin padres, ni casa, ni alimento que llevar cotidianamente á su boquita bermeja?

¿De dónde vino?

¿Bajó mecida por tenue celaje esfumado en auríferas nébulas de oro?

¿Brotó del cáliz de regia flor de lis como arábigo perfume hecho mujer?

Ella lo ignora.

Pero un diablejo peludo y negro, maleante y locuaz, que es mi amigo y me cuenta historias maravillosas, abrazado al candente tubo de la lámpara y haciendo caprichosas muequecillas, me ha relatado la novela de la niña rubia que á las horas negras pasea por las callejuelas, ríe con los hombres y no tiene hogar, ni pan, ni familia.

No descendió de una nube.

Emergió de los más hediondos poros de la gran madrepora.

Es una flor del vicio, enferma y sin perfume.

Su hermosura semeja á las burbujas del pantano, que naciendo en el fango son de adamantino cristal y retratan las estrellas y los girones de nube que vuelan errantes en el cielo.

Fué engendada entre los bulliciosos clamores de una noche de crá-pulas.

Fundiéronse todas las humanas lujurias en bestial contubernio, y á los frenéticos espasmos de dos parias, brotó en el estéril vientre de

la corrupta impulsiva, el prístino y venenoso germen de su ser.

Nació enfermiza y triste, no hubo un seno que cariñoso la amamantara, no tuvo cunita de encajes donde acurrucarse y cobijar las pesadillas blancas de la inocencia; sintió hambre muchas veces, y no pocas tiritó de frío, entumecida y casi exánime, como tierna avecita á quien sorprende en un árbol sin hojas la nevasca.

Cuando pudo andar, manchó sus pies en el barro del arroyo, y en los días inclementes guarecióse del frío ó de la lluvia en el solitario rincón de alguna puerta cerrada, arropándose en desgarrados andrajos! . . .

Creció sin cultura, sin ideales, en sociedad con hombres perversos y mujeres envilecidas, acostumbrada á una vida de licencias y privaciones, en promiscuidad de sexos repugnante, sin pensar nunca de dónde había nacido, ni adónde iría . . .!

Después vagó, arrastrando sus chancletas rotas en los empedrados,

aprendió obscenidades de la canalla, y así, semidesnuda, enseñando todos los secretos de su incipiente y baldía belleza, pidió limosna, voceó periódicos ó billetes de lotería, hurtó pañuelos, y riendo con descoco de prostituta, fué á un lugar indecente donde con su cuerpo de niña, sació las prematuras concupiscencias de un granuja....

¡Siniestro epitalamio!

No tuvo rubores y emociones, no experimentó ningún deleite, ni se abandonó á los brutales tocamientos del seductor poseída del vértigo amoroso, no fué ofuscada por los enardecimientos de una fiebre pasional.... ¡fué ebria!.... ¡borracha de alcohol!....

En su cuerpecillo impúber, hasta entonces virgen, posáronse violentas las manazas del leperillo, y los besos que estallaron en su boca trascendían á aguardiente y á tabaco....

Se pervirtió en la sombra con furor de perra en la época del celo, riñó, fué á la cárcel y tuvo un amante de quince años que la golpeaba,

tenía más vicios que un galeote, y huía de la policía, porque era ladrón!

Y famélica, escrofulosa y encanijada, con su raquitismo de mujer violada antes de tiempo, fué á vagabundear por las calles, á la hora en que flamean en los faroles los mecheros del gas, arrastrando en las banquetas sus almidonadas enaguas, hablando picardías, tirando á las levitas de los caballeros y atrayéndoles á los antros mas sombríos.

Entró en los cafés, embriagóse con cerveza y ajeno en las cantinas, esperó á los concurrentes en el vestíbulo del teatro y dormitó en cualesquier camaranchón de un hotel barato, complaciendo siempre á un amante lascivo y brutal.

Estuvo enferma.

¡Asquerosa enfermedad!

Sus caricias fueron terribles: aquel espectro del carnal pecado, que, caminaba haciendo repiquetear sus tacones de palo en las baldosas, vendía el virus á precio vil, envene-

naba con la ponzoña recogida en el inmundo estercolero social.

Muchos incautos vieron su cuerpo corrompido en repugnante lepra, y, alguno, sufrió una mutilación nefanda que lo impulsó al suicidio.

Ella nada ignoraba, y, reía, reía...!
¡Siempre reía!

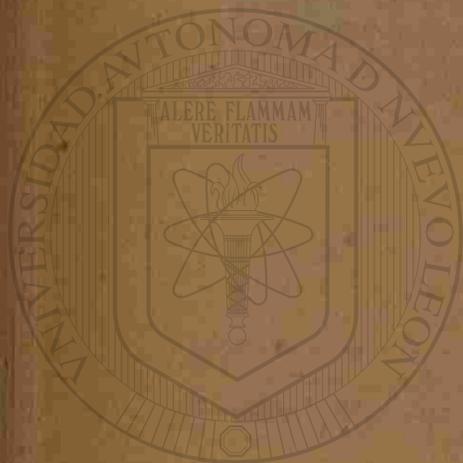
.....
Cierta noche, unos señores vestidos de negro, después de grandes fatigas y astutas estrategias, diéronle caza y no valieron lágrimas, protestas de honradez ni amenazas.

Ocupó una cama en el Hospital de San Juan de Dios, cubriéronse de pústulas sus carnes, tuvo horribles delirios, temores á la muerte, y, de mala gana soportó un mes de padecimientos para rodar de nuevo al arroyo, llevando en el bolsillo la libreta de segunda clase.

Desde entonces corre en las noches como fiera hambrienta en busca de un varón...! de una moneda!

.....
Esa es la novela de la niña rubia que á las horas negras pasea por

las callejuelas, ríe con los hombres y no tiene hogar, ni pan, ni familia, tal cual la refirió aquel diablejo peludo y negro, maleante y locuaz, que es mi amigo y me cuenta historias maravillosas.



PARA BERNARDO COUTO CASTILLO

DE VIAJE.

La mañana estaba fría y nublada. El cielo, color de plomo, interceptaba los deseados rayos del sol, en una densa sábana de nubes tempestuosas.

Faltaban cinco minutos para que saliera el tren de la mañana.

Había en los andenes inusitado trajín.

Llegaban fornidos mozos de cuerda cargando grandes baúles ó pesados fardos con mercancías; los empleados corrían atareados dando órdenes ó recibíéndolas á gritos de sargento, y en el ventanillo del expendio de billetes, se amontonaba una impaciente multitud que vociferaba y metía bulliciosa zambra, pugnando por obtener el boleto codiciado.

La locomotora, inmóvil, arrojaba por los escapes y en chorros de vapor blanquecino, la fatigada respiración de sus pulmones de hierro.

Sonó un pitazo, y todos los pasajeros se precipitaron atropelladamente á los vagones.

Yo, uno de los primeros, instalé me cómodamente en el amplio asiento; subí las solapas de mi paletó, escondí la cabeza entre los almidonados picos del cuello inglés; después, introduje mis manos ateridas por la baja temperatura en los bolsillos del pantalón, y dejando vagar el pensamiento á la mansión de las quimeras, envidié por primera vez á los insoportables fumadores.

Estaba solo.

El aire seco y helado del Norte, barría una lluvia fría y menuda que empezaba á caer.

Las gotitas de agua se estrellaban en los cristales de las ventanillas, produciendo un monótono y acompasado tamborileo.

Cerré los ojos, deseando inútilmente recobrar el sueño que la vio-

lencia del malhadado viaje me había robado y me fastidiaba antes de tiempo, pensando en el aburrimiento de doce horas de carrera en un día tan triste, sin un buen libro ni compañeros con quienes matar el tiempo en sabroso paliqúe.

Con estrépito abrióse la puertecilla, y apareció un señor grueso y colorado como canónigo, conduciendo á remolque obesa matrona, adornada como una banderilla y con fisonomía más apoplética que la de su caballero, la cual llevaba á su vez, á remolque también, un perrillo de Puebla, que á suponer por la torpeza con que caminaba, debía estar ciego ó ser más miope que su dueña, que daba á la sazón pruebas inconcusas de su defecto visual, echando sobre el mío su cuerpo elefantino.

Cuando estuvo instalada aquella pareja que seguramente se unió seis lustros atrás, la dama preguntó á su acompañante, acomodándose en la ternilla los gruesos quevedos de oro y desdoblado un periódico con chocante parsimonia:

UNIVERSIDAD DE TUCUÁN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

—¿Ya es la hora, Bonifacio?

El preguntado hundió la manaza de carretero en el amplísimo bolsillo de su chaleco, extrayendo de él un gran reloj de plata suspendido al ojal por grosera cadena, y después de inspeccionar la carátula, respondió á su consorte:

—Faltan dos.

La vieja suspiró, y el condenado animalejo, como á un muchacho á quien se contradice, empezó á berrrear como lechón recién nacido, porque ella quería á viva fuerza acomodarlo en su regazo.

Yo suspiré lastimosamente.

La perspectiva de un concierto canino me horripilaba.

¡Decididamente era aquel un día de perros!

Sonó el metálico repiqueteo de una campana, y entre los pasajeros rezagados, subió al departamento que yo ocupaba, una señora.

¡Sola!

¡Elegante!

¡Joven!

¡Bella!

Al abrir la puerta, manifestó indecisión, y después de vacilar un instante, quizá inspirándole confianza mi taimado aspecto, ocupó el lugar precisamente frontero al que yo tenía.

Un velillo, moteado de lunares negros, sutil como tela de araña, cubría su rostro en transparente antifaz, y sus cabellos oscuros, de tono azulado y peinados de una manera extraña, sostenían con largo *nivat* japonés el sombrero de crepón gris adornado con pasamanerías y pájaros disecados.

Su vestido era de gruesa tela color de acero, adornado profusamente con pesados alamares y flecos negros, y ostentaba en el pecho una guarnición de abalorios tan tupida, como la que llevaría en su basquiñala más bailadora maja de Andalucía.

Su mano era pequeña y sujeta á estrechísimo guante de piel de Suecia; el pie, digno de la mano, y calzado tan ajustadamente como ella.

Era de esas mujeres que avasallan

los corazones, porque llevan en su hermosura el cetro del amor.

Circuía el fleco de sus arreman-gadas pestañas un halo pronuncia-damente violáceo, y una palidez de fatiga ó enfermedad hacía más in-teresaante la nevada albura de su piel, que antojábase de alabastro alum-brado interiormente por un rayo clorótico de luna.

Aquella beldad, ó había pasado una noche de amor, ó lloró como gimen las madres cuando sus niños, extendiendo los brazos al buen Dios, entregan el espíritu al ángel de la guarda.

Hízome creer lo primero, el con-tinente dominador y la deslumbran-te hermosura de mi compañera.

Un silbido agudo, prolongado, es-tridente, deshecho en tenue cauda de vapor que desgarró una ráfaga de aire, anunció por postrera vez que el tren se ponía en marcha.

Moviéronse las lucientes ruedas de la humeante locomotora, crujie-ron los topes, golpeáronse las cade-nas, los carros rodaron lentamente

sobre los carriles, y principiamos á caminar con una velocidad que cre-cía, á medida que de la estación nos alejábamos.

Yo, aparentaba mirar el camino, y lo que en realidad veía, era la imagen de la viajera reflejada por común fenómeno de espejismo en el cristal de la ventanilla.

¡El tren corría, volaba!

Los árboles que crecían á los la-dos de la vía pasaban en vertigino-sa fuga en sentido inverso al que se-guía el convoy; las inmensas llanu-ras, esmaltadas por silvestres mar-garitas ó amarillas flores de nabo, giraban alrededor de nosotros, y al-gunas veces el ruido producido por el silbato del vapor hacía volver la cabeza á alguna vaca de gran cor-namenta, que masticaba filosófica-mente unas espigas de zacatón.

La desconocida observaba con fijeza los durmientes de madera que, tendidos simétricamente en el terra-plén, se unían y se separaban como los anillos de una gran serpiente apo-calíptica, ó los palos que, enterra-

dos en el suelo de cualesquier manera, sostenían en sus aisladores de vidrio largos hilos telegráficos, en los que se balanceaban, comadreando, algunas bohemias golondrinas.

Pasábamos puentes de fierro, que á lo lejos semejaban grandes ratoneras de alambre; subíamos la mole atrevida de un cerro para dejarla atrás y perderla de vista algunos instantes después, ó bien bajábamos peligrosa rampa, escuchando en silencioso respeto el intermitente resuello de la máquina.

En las faldas de las colinas, ó abrigadas al repecho de escarpada montaña, veíanse las casitas de los pueblecillos, rodeando cariñosas las negruzcas torres de los campanarios, las verdinegras arboledas ó los plantíos de caña, ostentando en su opulencia tropical los lujos de una naturaleza fecunda, potente y casi virgen.

Habíanse dormido nuestros compañeros y roncaban á pierna tendida como dos buenos burgueses.

La pereza de los viejos nos colo-

caba en la elocuente intimidad de dos personas jóvenes, de distinto sexo, que no se conocen, y están muy solas en una de esas horas sentimentales en que las confianzas aletean como entumidas avecitas, porque tose el viejo invierno y el cielo grisáceo llora muchas lágrimas de nieve. . . .

La dama, quizá mortificada ó cohibida por mi proximidad (que yo procuraba fuese lo menos sospechosa) suspiró tristemente, y aparentando cansancio entrecerró los párpados procurando dormir.

¡Cuán linda estaba!

Sentí impulsos de arrodillarme ante ella, oprimir su talle entre mis manos, besar mil veces su entreabierta boca, y decirle al desflorar mis besos:

—Abra usted los ojos, porque tengo el alma á obscuras!

Acaso me reciba con una sonrisa, pensaba yo, y una insignificante complacencia de esta señora vale más que las caricias de todas.

Como comprenderéis, mi imagi-

nación viajaba, y más lejos que el ferrocarril....!

Pasamos la estación de V.... y en el trayecto de ésa á la que sigue, había tocado ya con mi pie el menudo de mi compañera.

Confieso ingenuamente que lo hice en completa inconsciencia de lo que me pasaba: la cercana vecindad de aquella beldad estremecía mis nervios, enloquecía me y me exaltaba hasta las desvariaciones de la locura; sus ojos habían inyectado mi sangre de no sé qué hachis voluptuoso, y sentía una violenta necesidad de ponerme en contacto con ella de algún modo....

Si notó el desorden en que había revuelto mi espíritu, tuvo el talento de no aparentarlo demostrándose alarmada por los pecaminosos pensamientos que, como cohetes, estaban en mi mente.

Detúvose el tren en un apeadero y bajaron los dormilones provincianos.

¡Quedamos solos!

Llevé la mano á mi pecho.

Latía el corazón furiosamente.

Cada minuto que transcurría, preguntábame acobardado:

—Me atrevo?

—No! respondía severamente mi timidez de novato en amatorias lides, que crecía á medida que se obcecaban y agrandaban mis deseos.

Veía elevarse blandamente el seno de la incógnita, excitábanme las morbideces de su cuello, el ricito de pelo que en la albeante nuca travesaba y ¡sus labios! aquellos pétalos de lis que para teñirse en rubí esperaban sólo una caricia.

Mi situación se hacía á cada momento insostenible.

Estaba enfermo.

Movíame nerviosamente en el asiento, tosía como un tuberculoso, canturreaba óperas no oídas y varias veces incliné hacia la taciturna el cuerpo, para decirle seguramente una tontería.

¡Empecé á sudar!

Sin duda comprendió ella mis padecimientos, porque haciendo un regalo además me dirigió la palabra:

—Joven.

Aquel sustantivo me hizo daño: comprendí que mis veintidós años mal representados eran la causa de que aquella mujer no me tomase á lo serio, y sacrificando á mi tonta susceptibilidad la cortesía, aparenté una distracción que robó á la prójima benévola sonrisa.

Hubo un largo período de silencio.

Rompiólo al fin la dama, exclamando con solícita benevolencia:

—Caballero.

—Señora... ó... señorita!

—Señora.

Caravana de cortesano.

—Si no le molesto....

—De ningún modo.

—Diga usted.... ¿estamos cerca de la próxima estación?

—A ella llegamos.

—Es verdad.

Calló un instante.

—En ese lugar debo recibir un bulto, una petaquilla.... ¿tuviera Ud. la bondad de recogerla en la plataforma?

—Con mucho gusto.

—Allí veo al sirviente que la trae.

Salió, y un hombre de sospechoso talante me entregó una cesta de junco americano.

Aquella petaca, para sus dimensiones, pesaba quizá demasiado.

Además, noté al tomarla un ligero estremecimiento interior.

Sosteniéndola con precaución me acerqué á la dama, y al colocarla á su lado volví á sentir en la mano la secreta agitación, á la vez que escuchaba un lamento débil como un vagido.

Entonces lo comprendí todo.

Cual otro Moisés, en la cesta estaba un niño.

Aparenté ignorar mi descubrimiento, y la prójima, completamente engañada, me tendió con expansión las manos:

—Gracias, señor, tantas gracias.

He olvidado lo que respondí.

Aquel incidente tan insignificante revolvió mi imaginación, de suyo aficionada á formar tragedias de las cosas más vulgares.

Atravesábamos un gran tajo prac-

ticado en la vertiente de escarpada y rocallosa montaña; á lo lejos veíase, en el repecho de árida eminencia, cubierta de sombríos pinares, un agujero obscuro y redondo, como la guarida de una fiera.

La misteriosa que con febril atención observaba el camino, al distinguir aquella mancha negra entre las amarillentas rocas, me preguntó indiferentemente:

—Es aquello un túnel?

—Sí señora.

—Es muy largo?

—Se atraviesa en un minuto... algo más.

—¿Y es muy obscuro?

—Como la noche.

—¡Ah!

Intentó abrir la ventana.

Adelantéme á sus deseos con la abrumadora solicitud del hombre que quiere agradar á una bella.

—Gracias, dijo de una manera nerviosa.

Entró una bocanada de aire fresco, que revolvió atrevido los bucles de sus cabellos.

Tomó el cesto con presteza y lo colocó cuidadosamente en su regazo.

En ese momento el ferrocarril taladraba el túnel como una serpiente que se introduce en su nido.

Volví hacia atrás la cabeza, y ella, creyéndome distraído, levantó la tapa de la famosa petaca y besó con furor la rubia cabeza de un niño que sonreía entre pañales exquisitos.

Llegamos á la mitad del túnel.

.....
Oí un lamento del pequeño....
y.....¡luego!.....el ruido extraño que producía su cuerpecillo al estrellarse en las piedras del terraplén.

.....
El estupor sumergió mi inteligencia en las atonías del idiotismo, poblóse mi mente de macabras visiones, y como en una vasija se mueven los infusorios del vinagre, así hormigueaban en las celdillas de mi cráneo muchos pensamientos criminales....

Sentí que de lo más oculto de mi ser surgía una rebelión inmensa, que

el Enojo, el perdurable dragón, se retorció en mis entrañas arrojando espumarajos de rabia; oí el grito de la inocencia, que pedía venganza, y sin saber por qué, mis manos se crisparon, ansiosas de estrangular un cuello de alabastro. . . .

.....
Llegó la luz violentamente.

Busqué el cesto.

¡Había desaparecido!

El horrendo drama no fué un parto de mi enferma imaginación, era verdad... la delincuente estaba allí... el cuerpo del delito asperjaba en sangre la tierra del camino!

¡Delatarla!

¿Para qué?

Aquel espíritu ensombrecido en la maldad, no podría llorar las glorificantes lágrimas del sufrimiento.

Hay corazones de acero, que nunca combustionan las afecciones del alma, porque están forjados por Satán en las fraguas del Averno. . . .

.....
Miré á la viajera, y sonreía con su gracia de duquesa observando

un fértil valle entre cuyas arboledas se deslizaba el tren.

—Hermoso paisaje, me dijo.

—Muy bello, en verdad.

Media hora de silencio, sólo interrumpido por el ruido de los carros al rodar sobre las férreas paralelas.

Al llegar al término del viaje, inclinéme hacia mi compañera haciendo un saludo, al que ella no contestó: creyendo entonces que no me había visto, repetí mi ceremonia.

La misma indiferencia.

Acerquéme un poco para decirle algo, y ví sus ojos fijos y vidriados.

Se había desmayado.

PARA JOSÉ MARÍA OCHOA.

CONFESIÓN.

Vestía miserablemente.

Cubría las harmónicas curvas de su busto, verdoso mantón que fué negro cuando nuevo y al que los mil ochocientos días de un lustro habían dado desteñidos colores en detrimento del primitivo.

Llevaba un saco de lino con encajes que fueron exquisitos cuando adornaban los hombros de una gran señora, y entonces, convertidos en pingajo, transparentaban con indiscreto abandono la blancura láctea de su seno.

Era hermosa, de una extraña belleza: bermejosa sus cabellos, el cutis perlático, y sus ojos negros, muy negros, de mirada sombría y fulgurante; en aquellas pupilas se entreveía un cielo, pero un cielo preñado de tempestades.

Al llegar delante de la iglesia, vaciló un instante, paseó una mirada distraída por la churrigueresca arquitectura de la fachada, tocó con sus dedos la historiada puerta de roble que franqueaba la entrada al cementerio, y después de permanecer inmóvil mucho tiempo, hizo un movimiento imperceptible, y como el que se resuelve á una determinación desesperada, entró.

Reinaba en los ámbitos de la antigua nave una lobreguez que aterrabá. En las embadurnadas bóvedas parloteaban algunos gorriones, y por los ventanales de policroma vidriería penetraba la luz en chorros que se fundían en la tinta del cristal que atravesaban: ya era un fulgor de topacio que se irisaba al pasar por vidrio color de añil y teñía en azul lapislázuli la venerable y blanca barba del testarudo llavero del cielo; ya uno rojo, que ruborizaba las angulosas y mal esculpidas facciones de una santa que, con siete puñales clavados en el pecho, oprimía en sus enclavijadas manos un pañuelo de

blondas de Chantilly, ó muriente rayo que ensayaba tímidos matices de ópalo en la obra de un mal escultor que intentó representar al Maestro crucificado: más lejos, sobre un viejo altar de cedro y ónix, estaba de pie y en solemne ademán, la efigie de un venerable varón, barbudo, erguido, con mitra de obispo en la testa, que señalaba con el índice de su barnizada mano, una cuba donde se bañaban varios niños; y en lo más denso de la penumbra, hacia el fondo de gótica capilla guardada por una reja de aspecto carcelario, veíase á San José con lengua enagua y amarilla capa, sosteniendo en su diestra de talla á un chiquillo de la misma materia, con pupilas de vidrio de espantada expresión que parecían mirar con terror á todos los que llegaban, á la vez que en la siniestra enarbolaba á manera de cetro la floreciente rama de una planta sin semejanza en la flora de la tierra, cuyo tallo de alambre había estropeado el brutal plumero del sacristán.

Cuando los ojos de la intrusa pudieron acostumbrarse á la obscuridad, observaban con extravío febril todo el solemne aparato del templo como si buscasen á alguien que esperara allí.

Había pocos fieles.

Un señor con cabeza de Moisés que se propinaba fuertes golpes en el tórax y movía los amortecidos labios con matemática precisión; un viejo desarrapado y cojo, con aspecto de mendigo, que se empeñaba en poner los brazos en cruz, aunque los esfuerzos que hacía eran inútiles, pues sus ancianos músculos se resistían á ese ejercicio que aun á los jóvenes es penoso; una beata que se persignaba, y con la viscosa lengua escribía cabalísticos signos en el polvoriento entarimado; algunas devotas que, echadas en el pavimento, miraban con respetuosa admiración las esculturas y los lienzos que en sus borrosos y rembranescos pincelazos, representaban, ya á San Jerónimo, en la persona de un coloso, desnudo como troglodita,

recostado en las peladas rocas de lóbrega cueva, acariciando amarillenta calavera y escribiendo con pluma de ave y en macabros caracteres sobre un rollo de pergamino: ya á la arrepentida Magdalena, revolcándose ¡sangrienta ironía! en un tálamo de espinas, ó bien al mártir San Lorenzo cuando á guisa de chuleta se asaba su cuerpo en la parrilla.

Cuando alguna ráfaga del aire fresco de la tarde se colaba atormentando las flamas de las velas y después de apagar un falleciente lampadario, iba á azotar los rostros compungidos de los que rezaban, las rojas llamas de los cirios iluminaban siluetas de creyentes, esfumando espectros dantescos en los muros, ó haciendo bailar á las sombras de los santos grotescas farandolas.

La mujer sentía una horrible opresión en el pecho.

Veía á Jesús, y se le figuraba que descendía del madeño apolillado para ahogarla en sus llagados brazos;

á la madre de Dios, y creía que en sus ojos de esmalte había cintilado un chispazo de cólera....!

Tenía miedo.

Embargábala un terror que estrangulaba los gritos del espanto en su garganta.

Fué mala, cierto; pero ya estaba arrepentida, resuelta á revelarlo todo; sentía pesar sobre su espíritu el abrumamiento de un dolor sin nombre. Experimentaba la necesidad de confiar sus penas á otra persona que le ayudase á soportarlas; su conciencia no cesaba de acusarla.... ¡implacable conciencia!

Dos años que los padecimientos hacían de su corazón un nudo de serpientes; dos años hecha paria, separada de él.... ¡ya era mucho!.... debía referir su historia á alguno que la callara, que le prodigase consuelos y guardara el secreto sigilosamente.... ¿Quién mejor que el sacerdote?

Cerca del confesonario oraban de hinojos varias enlutadas.

La incógnita acercóse á la graciosa rejilla, y llamó ligeramente: sonó después otro toque más lento, y una voz pausada que decía:

—Reza el yo pecador.

La prójima recitó la oración con incoherencia.

A veces se extinguían las palabras en su boca y candentes lágrimas, el rocío del arrepentimiento, resbalaban por sus cárdenas mejillas.

De repente acercóse á la reja, recargó en la tableta los desnudos brazos y dijo con vehemencia.

—¡Padre!... ¡padre!...

—Más quedo, hija mía, respondió como un eco el sacerdote.

—Padre, he sido muy mala, lo soy aún y posible es que no alcance el perdón que imploro aquí.

—La misericordia de Dios es infinita.

—¡Oh!... necesito de toda ella, y tal vez no baste.

Hubo un instante de silencio.

Oraba el fraile.

—¡Padre! repitió la mujer que extrañaba aquel silencio.

—Habla, dijo el confesor.

—Cinco años hace, en una buhardilla situada en lugar lejano de la ciudad, vivía en la indigencia una familia; componíanla tres individuos: un viejo soldado de la república licenciado en las batallas, una anciana paralítica, y una joven; los viejos eran mis padres, la moza era yo.

Estábamos muy pobres, miserables casi, pero había mucho amor en nuestra casa; mi vida se deslizaba blandamente, sin accidentes, en una calma arcaica; tenía entonces quince años, la edad en que las ilusiones como abejas fabrican un panal de ensueños en el corazón; era dichosa...; completamente dichosa!

Un día, mi santa madre, vertiendo copiosas lágrimas, habló de nuestra ruina: el dinero se había gastado, y era llegada la hora de trabajar para subsistir.

—¡Trabajar!....

Fuí costurera.

Era la propietaria del establecimiento donde solicité jornal, una francesa alegre, pizpireta y casi des-

carada; no era fea, como tampoco era bonita; no era vieja, como no era joven; en ella todo era mediano menos el deseo de agradar á los hombres.

Cuando temblorosa y avergonzada me presenté en su taller solicitando una plaza, dijo en falsificado español:

—Ud. sabe coser?

—Sí.

—Bien; necesito una aprendiz, á esas nunca acostumbro pagarles, pero á Ud. le daré algo, sólo porque la persona que la recomienda, asegura que bien lo necesita.

Sentí que una oleada de sangre fluía á mi cabeza, y la modista que me observaba con extraña impertinencia, agregó por vía de recomendación:

—Mucho juicio porque mi casa es muy honrada.

Transcurrió el tiempo.

Yo no estaba contenta en aquella casa: trabajaba doce horas para ganar dos reales; la señora Berthe me maltrataba á cada instante, por-

que todos los desocupados que á la hora de salida se instalaban frente al taller, según ella afirmaba, iban por mí, como si en tal caso fuese yo responsable de ser por ellos perseguida.

Las otras operarias me odiaban, porque todas eran feas, no sabían trabajar como yo, y comprendían que insultándome, complacían á la dueña del taller.

Afirmaban que era orgullosa porque no estaba encanallada como ellas y nunca me expresé en un idioma de taberna.

En mi corazón se fermentaba un aborrecimiento terrible ¡Ah! cómo me ofendían esas señoritas melindrosas vestidas como figurines, que chapurreando el francés é ignorando el español, hablaban de casinos, saraos, trajes, coches, adornos y amoríos: cada vez que esas antipáticas entraban al taller envolviendo á las que costamos en miradas desdenosas y confundiéndome con esas mujeres á quienes tanto despreciaba, lloraba yo, provocando epigra-

mas groseros y abominables sarcasmos de aquellas desgraciadas que se habían convertido en mis verdugos.

Todos mis padecimientos tenían recompensa cuando en la noche, hambrienta y aterida de frío, entraba en el tugurio, y mis padres, los queridos viejos, calentaban mis manos heladas por el cierzo, con sus tibios y apasionados besos.

Entonces les contaba deliciosas mentiras, inventaba anécdotas y chismografías, cantaba preparando la frugal colación, reía mucho, ¡los hacía felices!...

Y había de llegar el día en que me esperaran toda una noche, semanas, meses, y su hija, la ingrata, no volvería!...

Una noche, noche azul, de estrellas y argentada luna, salí del trabajo experimentando inconsciente alegría, y al atravesar una calle se interpuso en mi camino un hombre: —Señorita, ha tirado Ud. esto.

Y me presentaba un pañuelo que se arrugaba entre sus dedos.

Envuelto en él había un papel.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, hubo en mi espíritu una revolución indescriptible, lloré besando el pliego aquel, padecí alucinaciones, y la imagen del desconocido perturbó mis insomnios apareciéndoseme bella y tentadora como el pecado.

Era muy joven, casi un adolescente, de lírica hermosura, había en su continente una arrogancia que imponía respeto, su sonrisa traducía un desdén olímpico, insultante casi; la mirada de sus ojos garzos me llegó al corazón como la hoja templada de un puñal, su voz vibró en mi oído como ritmo musical. . . . ¡me había hechizado! . . . le amaba ya con un afecto trágico, que en sus locuras llegaba muchas veces á las fauces del odio! . . .

Al siguiente día me vestí con las mejores ropas, cuidé prolijamente mi atavío, y cuando llegué al taller, al franquear la puerta, no pude resistir el deseo de mirar hacia atrás; lo hice, y en frente estaba él.

¿Para qué cansar á Ud. refiriéndole al detalle todas esas bellas trivialidades que son como el perfume del amor? Tuve con aquel mancebo lo que inocentemente llamaba relaciones; me dijo que me quería mucho, que era rico y que se casaría conmigo, ¡qué sé yo! . . . Una tarde, después de habérmelo suplicado mucho tiempo, consentí en pasear con él por el campo, y ya en las soledades, en lo más boscoso de una arboleda, embelesada por sus caricias, enloquecida por besos y juramentos locos, ¡me entregué! . . .

La mujer respiró como aquel á quien han quitado de la espalda un peso abrumador, y después de limpiar su frente con el dorso de la mano, una mano de virgen prócer, continuó:

—Días después, cuando pude darme cuenta de lo que había hecho, le hablé de matrimonio, de amor, de hidalguía, y él, con increíble cinismo, respondió:

—¿Cómo quieres que me case contigo? ¿Qué diría mi familia? . . . ¿mis

amigos? . . . la sociedad? . . . ¿sería ridículo!

Y se echó á reir con la burla de Lauzín.

Fenecidos varios meses, llegó necesariamente el día en que yo comprendiera que mi falta se hacía pública.

Iba á ser madre.

No tuve valor ó cinismo para aparecer sin honra ante las augustas canas de los ancianos, y escapé de la casa, ¡también del taller! . . .

Una noche, cerca de un teatro, fui recogida por unas mujeres caritativas que me llevaron á la casa de maternidad: allí nació mi hijo.

Desde entonces tuve un culto; ya no me importó la desgracia; tenía un tesoro, mi niño, mi pequeño querubín, que crecía en gracias y en belleza.

Escribí á mis padres muchas veces, y jamás fueron mis cartas contestadas; más tarde, supe que habían muerto, porque vi anunciado su fallecimiento en una gacetilla de los periódicos que para subsistir vendía: el efecto que aquella noticia me

produjo, fué terrible; asegurábase que perecieron de hambre, de amarguras, de abandono, . . . ¡yo! . . . ¡yo los había matado! . . .

La muchacha estalló en sollozos, y el padre, aprovechando aquel paréntesis, dijo con voz apagada, hablando consigo mismo.

—Pobre humanidad! . . . ¡cuántas flaquezas! . . . ¡el mundo es odioso! . . .

Y como si se viese ante un gran peligro, escondió el cuerpo en un rincón de su asiento, denunciando la actitud que tomó, todos sus egoísmos de asceta revelados ante el cuadro tan mundano que la penitente bosquejaba.

—¡Continúa! . . . ¡Continúa!

Y con el pañuelo, un gran pañuelo á cuadros negros, limpió su angulosa faz, que, en la penumbra, parecía arrancada á un cuadro de Zurbarán ó de Rivera.

Luego, entre los pliegues de la sotana, apareció su mano de momia egipcia, trémula, torpe, y, nerviosamente la crispó, haciendo una señal

de cruz para simular en la sombra el garabato de la bendición

La mujer continuó hablando.

Una ocasión que ofrecía mi mercancía á los pasajeros de un vagón que estaba detenido en una calle céntrica, á causa de algún accidente, ví á mi seductor que platicaba alegremente con una elegantísima señora: poseída de una rabia que no pudo vencer mi voluntad, encaréme con él y lo insulté; al reconocerme palideció ligeramente, pero dominando su emoción llamó á un gendarme y asegurando que yo estaba ebria, hizo que me condujeran á la inspección de policía.

Yo estaba contenta.

Lo había injuriado, ví llorar á su compañera, emponzoñé el alma de su esposa con el veneno infame de los celos.

Sentía el embriagamiento insano de la maldad humana en su más amarga delicuescencia al vaciar en el corazón de aquella inocente todo el veneno que inflamaba el mío.

Pocos días después encontré á mi

burlador en un barrio solitario; al verme, llegóse á mí, diciendo:

—Olvidemos lo pasado.

—Sea, contesté; sé mi marido.

—Me he casado.

—Entonces quedamos cada uno en nuestra posición.

—Imposible, no quiero verte en la desgracia.

—Hazme tu esposa.

—Si no puedo!

—Pues déjame en paz.

—¿Y mi hijo?... ¿no sabes que también lo amo?... no quiero que por mi abandono llegue á ser un miserable; es el fruto de mi amor.

—¡Tu amor!... ¿amor llamas á lo que lujuria fué?... este niño es mío, yo lo he llevado en mis entrañas, he estado á punto de morir por amantarlo, vivirá siempre á mi lado, aprenderá á maldecirte.

Intentó apoderarse del niño apelando á las súplicas y á las violencias, y convencido de que no lo conseguiría á causa del escándalo que se hubiera producido, se marchó amenazándome con los puños.

Una noche sorprendíome el sueño en el quicio de una puerta, y al despertar á los golpes de un guardián del orden público, busqué á mi hijo, llamélo desesperadamente... ¡y había desaparecido! Pero ya estoy en calma!... ¡lo ve Ud., padre!... ¡ya no lloro!... porque muy pronto estaré al lado de mi angelito... ¡allá!... tras un monte negro!... ¡corre el río!... ¡es muy hondo!... su lecho arenoso tiene aguas amarillentas, turbias, un cuerpo que cae, se hunde, y ¡nunca!... ¡nunca!... flota!... ¡qué bien estaré allí!... ¡señor cura, bendígame Vd... ya me voy.

Después de profundo silencio solo interrumpido por la fatigosa respiración de la mujer, contestó lentamente el eclesiástico:

—Ven mañana, Dios es muy grande, y por eso te ha enviado á mí que aún puedo hacerte feliz.

—¿Yo feliz?... ¡mentira!...

—Ven mañana, repitió el clérigo limpiando con su arrugada mano una lágrima que se hundía por los surcos de su viejo rostro.

La mujer continuaba inmóvil.

Como buzo hundíase su pensamiento en un abismo de atonías.

—¡Yo feliz!... ¡yo feliz!

Y paseaba miradas de loca por el templo envuelto en sombras.

El religioso, que sondeaba las crisis de aquel espíritu cuitado, exclamó tomando una de las manos de la joven:

—Ayer, en este santo tribunal, he recibido la confesión de un hombre... ¿entiendes?

—¡Ayer!... ¡un hombre!

—Ven mañana, tu dicha está en mis manos.

—Vendré, dijo la mujer.

Y salió del templo.

Recorrió varias calles.

Caminaba por una de las más céntricas, cuando, en la opuesta acera á la que ella seguía, vió á un enlutado caballero que conducía dos pequeñuelos de la mano, uno de los cuales, al verla, corrió hacia ella gritando alegremente.

—¡Mamá!... ¡mamá!

Un tranvía que en vertiginosa fu-

ga atravesaba, le sorprendió en la mitad de su carrera, agitóse su cuerpecillo entre las pezuñas de las bestias, y las filosas ruedas pasaron sobre su pecho dividiéndolo en dos partes, que con furia se movían.

La madre contempló estúpidamente el espectáculo.

En sus labios de escarlata, burbujeó un espumarajo de rabia; después, animóse su semblante con sonrisa de cadáver, y exhalando salvajes alaridos, fué á revolver sus andrajos en la sangre que corría.

.....
¿A quién hacer responsable de la desesperación de esa mujer buena?

¿Al acaso?

¿Al eterno inconsciente?

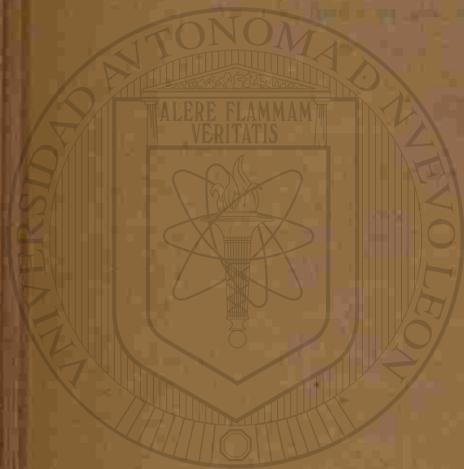
¿Por qué?

¿Se debe instruir sumaria á la piedra que desprendida de un friso, cae, y aplasta al transeunte que pasa?

Nó.

Si buscáis delincuente, acusad al sol que derrochaba sus soberbios esplendores ante el lúgubre cuadro

de las lágrimas; al sol, á ese triunfante sol de otoño, que allá, en las pardas lejanías, tramontaba como un bólido de fuego entre inmensa humareda de oro.



PARA JESUS E. VALENZUELA.

EL RATERO.

En el rincón más oculto de la inmundada plazuela, en uno de esos tugurios que como guaridas asilan al pueblo bajo, nació mezquino y moribundo aquel pillín.

Tuvo por patrimonio una herramienta para fabricar moneda falsa; por madre, una mujer malvada; por amigos, los asociados en la criminal empresa.

Creció confundido entre la república de prófugos de Belén, con la sangre envenenada por feas enfermedades, herencias de añejos vicios, atavismos de una raza degenerada entre las sombras del delito.

Presenció la nefanda mezcolanza de sexos en que vejetaban los suyos, y desde pequeño, tartamudeando el caló de ladrones y asesinos,

conoció la horrorosa miseria que acarrea la ociosidad. . . .

Un día rodó al arroyo al impulso de un paternal puñetazo.

Entonces bajó el primer escalón de la pendiente sombría, fué limosnero, vivió en las calles, y allí, correteando entre caballos y ruedas de carruajes, aborreció el trabajo, explotando esas compasiones mal entendidas, que al dar al harapien- to una moneda fomentan en su cora- zón los hábitos perversos.

¡Vedlo gritando obscenidades en- tre mujerzuelas de estofa vil, canes roñosos y vagos libertinos!

¡Ya es un hombrecito!

Se embrutece con bestialidad sin ejemplo en las tabernas; ha unido su vida á la de una mujer que puede ser su abuela; usa navaja, roba astuta- mente sombreros ó alfileres de cor- bata, y está pelado á rape porque fué á la cárcel.

Allí, en el inmenso patio de los presos, en promiscuidad con cien ca- nallas, confundido en el enjambre de los candidatos al presidio, en esa

escuela infame del cadalso, comen- zó á esbozarse su fisonomía moral en macabros lineamentos; su filia- ción en la alcaidía le recomendó á los viejos delincuentes; fué el discí- pulo aprovechado, aprendió á reñir, á desconocer con toda la anarquía del malhechor los derechos huma- nos más augustos, á violar el código declarando guerra de bandido á la sociedad, que él vió representada en la persona del gendarme.

¡Observadle: en esos andrajos que no lograron ocultar su carne enjuta y de bronceos tonos, en su sonrisa horrible y la mirada cobarde de sus selváticas pupilas, lleva un drama forjado en la noche, es el tipo que persigue el alienista para determi- nar al desequilibrado.

Hojead los libros de Garofalo, y veréis su figura siniestra destacán- dose en las páginas, obsesionándoos con su expresión horrible, robán- doos el sueño porque imagináis des- pertar á golpe de un puñal.

Para ser el *gamin* parisiense, le

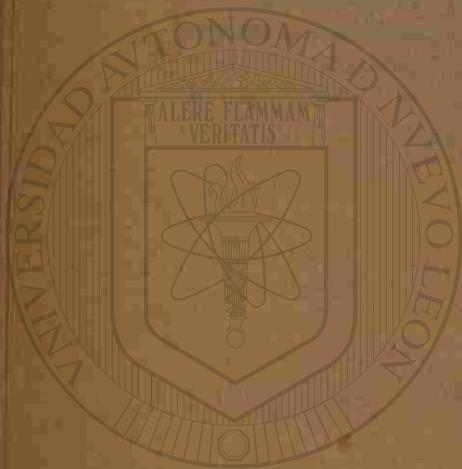
falta gracia, y nunca llegaría, como él, al heroísmo de Gavroche; no será el *pick-pocket* neoyorquino porque ése es cándido y fuerte con toda la brutalidad *yankee*, y si se pervierte, seguramente no es de su crimen responsable.

Este muchacho, pariente pobre del tímido madrileño, aunque le supera en malos instintos, podrá parecerse al *boy-thief* londinense, que vive de noche como una larva, se emborracha con brandy ó ron de la Jamaica, es cliente á la calle de Haymarket, y asalta en las *lanes* al descuidado transeunte.

La ley es su acreedora desde que la madre lo echa al mundo: acostumbrado á burlarla cuando escapaba de la escuela, temeroso del correctivo que impusiera á sus perniciosas precosidades, acaba por concebir hacia ella un odio feroz, porque sabe que en la balanza de Astrea pesarán terriblemente sus fechorías.

Este boceto de hombre malo, probablemente no se regenerará en las aulas; lleva en su organismo el ger-

men de un mal incurable, existirá mientras existan la miseria y la ignorancia, es burbuja de las levaduras sociales, el vástago de una tribu marcada con fatal estigma, su porvenir será un horripilante catálogo, el del robo y el asesinato; el epílogo de su historia, la reclusión penitenciaria ó los dogales del patíbulo....



LA DUDA.

¡Qué cosa tan absurda me parecía el matrimonio!

La palabreja, si se quiere, es ruda, pero así la aceptaba entonces mi inteligencia en completo acuerdo con el corazón: tenía veinte años, y en el romance de mis emociones juveniles no recordaba la alegre añoranza de un amorío, desconocía las delicias y penas del noviazgo, y no guardaba en estrecha cajita de sándalo, un diminuto bagaje de cartas, ni descoloridos ramilletes de flores difuntas, ni medallitas de plata con inscripción al reverso y jeroglíficos de cándido simbolismo en el anverso, ni un ricito atado á listón azul, desteñido y oliente á Ixora, ni un guante (vestimenta de mano prócer), ni un pañuelo de blondas (leyenda de lágrimas), ni un retrato con de-

dicatoria, ni un anillo, ni una reliquia, ni un amuleto, nada.

Ninguno de esos objetos que en su simplicidad evocan paseos campestres en tardes de cielo claro, citas misteriosas en cálidas noches primaverales, ó dulces querellas de enamorados, ninguna de esas memoranzas de alegrías muertas que al viejo roban una lágrima, al joven un estremecimiento y al escéptico una sonrisa, había iluminado con sus lontananzas de amor mi solitario cuarto de soltero.

Era algo romántico.

Lo somos todos en ese período de la existencia en que la vida es una aurora y la realidad una noche; además, ¿quién no siente extraños anhelos cuando aun no ha estrechado entre sus brazos un gentil y airoso talle de mujer? . . . ¿Quién no sueña si no ha bebido la miel de la dicha en labios tremulantes, ó desordenado con mano avara la guedeja de oro, que cauda de luz, chorreaba sobre el flanco nutrido y blondo de una hermosa?

Creía en el amor, en el mito universal, sin creer en el casamiento, tal vez porque leía mucho á Lord Byron, y me acordaba siempre de aquella su expresión en que afirmaba que el matrimonio procede del amor, como el vinagre del vino. . . .

Engendré en la fantasía una mujer sin semejante en la tierra, y nuevo Jasón en busca del Toisón de oro, corrí en la de mi amada del misterio creyendo encontrarla entre esa muchedumbre de beldades que hormiguea siempre junto al que posee buenas tierras de pan llevar y mejores ganas de verlas engullidas á grandes bocados por bocas muy chiquitas.

Viajé.

Ví muchas bellas, y á los pies de todas me rendí enamorado.

En mi atolondramiento, semejante á un vértigo, conjugué el verbo amar en todos sus tiempos, números y personas.

Mi corazón, sin purificarse, se transformó al crisol de todas las metamorfosis amatorias.

Amé y odié, padecí y fuí feliz, dudé y creí, fuí cobarde y temerario, tirano y pordiosero; en mis voltejos de saltimbanco, caí muchas veces con la cabeza hundida en el cieno, y los pies insultando á los inmensos cielos; otras, de rodillas pidiendo á los dioses misericordia, ó á las cortesanas una migaja de sus viles deleites para saciar por un momento esa hambre de algo indefinible que me devoraba.

¡Yo soñaba mucho!

Como el idiota de Ibsen extendía mis flacas manos á un cielo trivial, y al columbrar el amarillo fulgor del sol enfermo, clamaba con voz de niño antojadizo:

—¡Madre!... ¡el sol!... ¡el sol!...

No sabía que el que quiere remontarse al astro con las alas endebles de Ícaro, debe ineludiblemente estrellarse á la caída.

Compré una finca rural.

Al principio viví como Manfredo, en una torre sombría, testigo de mis dudas y diabólicas desesperaciones; después me atrajo la natura-

leza y pensé en Jungfrau, escalando las reverberantes nieves de los volcanes, esos monjes blancos que agujerean las brunas nublazones con el pico de sus capuchas; entré á las cavernas, paseaba bajo las arcadas crípticas que fabrican las aguas cristalizadas, y también me lancé á errar por los bosques como un Hamlet triste, á la hora que el sol se disuelve en piélagos de luz, y la casta noche enreda sus negros cabellos en las ramas de los árboles.

Cerca de mi retiro había un pintoresco *chalet*, y de él era la hada, Genoveva: Genoveva es mi esposa, la quise, ¿por qué? Lo ignoro aún, estaba solo, mi cerebro parecía algo igual á un nido de murciélagos, los pensamientos que en él bullían eran torvos como cuervos; elevábanse en macabro vuelo hacia un cielo estremecido por el eclipse; sentía frío en el corazón, el escepticismo me aniquilaba, y en mi soledad de Prometeo comido por los buitres, la sonrisa cándida de aquella cria-

tura, fué beso de sol, fulgor auroral, perfume, esperanza, amor.

La novela de mis locuras acabó en el principio de las de los demás; la adoré con todo el ímpetu de mi temperamento impresionable, y tres meses después de conocerla, le ofrecí ante el ara del altar, mi nombre, mi fortuna y mi corazón.

Al año de nuestra unión, como prueba de amarme mucho, dióme un niño sonrosado y rubio cual riente mañana de Abril: ¡si viérais que bebé tan pillo y tan barbián!...

Desde entonces soy feliz, asombrosamente, tanto, que á veces me inquieta la felicidad.

Se me dirá que es extraño que un marido ame á su mujer á los dos años del día de bodas, como quien dice, en el menguante de lo que llaman luna de miel; ciertamente, pero como ninguna regla es absoluta, creo contarme entre las excepciones ¿por qué no?... (*se pasea tarareando*)... ¡Qué recuerdos conjura en mi memoria esta musiquilla!... ¡Un drama, el drama donjuanesco de aquel

tiempo, cuando era seductor y calaveraba en todas partes; mi memoria reconstruye por arte mágico el arrumbado kaleidoscopio y veo mujeres, mujeres, ¡muchas mujeres! (*reflexionando*). El tiempo, esa esfinge que desmenuza en segundos la manecilla inmutable del reloj, es una terrible y fatal evolución... ¿por qué el día que va á llegar será siempre un sarcasmo del que se fué?...

Surge el sol después de la sombra, quita al planeta la túnica bordada de estrellas con que la noche lo encapuzó para vestirle con la suya de ópalo y de grana, muere espléndido y majestuoso, y nace siempre alegre y bello como un ensueño ó una ilusión; pero los días muertos, esos que llevan una página blanca de la vida, ó la rúbrica solemne de un juramento, ó la sensación de un placer inocente de aquellos que no pagaron débito al pecado, no resucitan, naufragan en las ondas etéreas, calladas, del espacio infinito y misterioso (*con ansiedad*): si se pudiera contener esa carrera vertigino-

sa, del principio al fin, de la vida á la muerte!... ¡Bah!... ¡Insensato afán! (*revolviendo unas cartas*) ¡cuatro cartas! Famoso correo; en mejor tiempo, abríralas con ansiedad, con emoción, porque podrían traerme la cita misteriosa de una linda enamorada, los reproches de otra olvidada ingratamente.... ¡Pero ahora!.... ¡qué va á hacer!.... veamos las firmas (*rompe los sobres*) ¡Brígido Canseco!.... ¡el fastidioso arrendatario!.... ¡Aristides Berruguete!.... ¡el abogadillo picapleitos!.... ¡incansable moscón!.... He aquí una carta que no me parece muy prosaica; (*tomándola por una esquina*) huele á violetas, las letras son muy pequeñas, parecen hormigas con dolor de riñones (*observándola*); forman la dirección cinco palabras, y cada una tiene dos faltas de ortografía; no hay duda, esta carta es de una mujer, y de una mujer bonita; veamos la firma, que seguramente es un garabatito muy mono (*abre la cubierta*). ¡Cálle! ¡no está firmada!... ¡Una incógnita!.... leamos.... leamos....

(*lee*) No, no es posible, nunca lo creeré; mi mujer Genoveva engañarme, ¡venderme! ¡traicionarme!.... ¡Con Mauricio!.... ¡mi mejor amigo!.... ¡Grosera injuria de algún imbécil, que á costa mía quiere divertirse! Me avergüenza que haya cabido en mi cerebro, aunque sea por un instante, tan siniestra y horrenda idea; ¡no puede ser! ¡no! ¡no! ¡no será!.... ¡imposible!

¡Sospecha insensata!

¿Qué interés podrían tener en atormentarme?

¿Será cierto?

¡Mentira!

¡Terribles conjeturas!.... ¡cavilaciones de un ciego en una noche!....

¡cada palabra de este papel, es una gota de veneno que inyecta mi corazón y le emponzoña.... (*pausa*)

Analícemos la situación tranquilamente, en perfecta calma, arranquemos de la conciencia conturbada el manto del centauro Neso; las pasiones son más perjudiciales que la hidra de Lerna: eliminémoslas.

Aceptado que soy villanamente

traicionado; admitido también que es mi viejo compinche el directo responsable de esa felonía.... ¿estoy deshonrado porque la preocupación social, es decir, la cínica hipocresía de una multitud coligada, marca mi frente con denigrante estigma?....

¿En qué precepto moral se sustenta esa peregrina ley que acusa al esposo del crimen perpetrado por su compañera?... No, como el romano estoico, puedo pregonar también:

—¡Martius me ha escupido!

Ahora bien; ¿los llamados culpables, lo son realmente?

Afirmarlo de hecho, es negar los derechos de la psicología; la carne tiene fueros genésicos, el temperamento es déspota: manda, y la disyuntiva es cruel: triunfar ú obedecerlo.

Vencen los héroes, sucumben los hombres: es lo humano.

El honor, la religión, la libertad, el valor, son, como dijo el tétrico príncipe: palabras, palabras, palabras.

Cada individuo posee un criterio

y un instinto suyos, y esas dos fuerzas, las primordiales en el ser, al vincularse en marital connubio, le hacen concebir una idea singular y propia de la estimación, resultando de ahí que tan honrado puede ser un presidiario como el juez que lo mandó á galeras.

Además, resucitar á Otello en nuestro tiempo, es anacrónico, y, ¿por qué no decirlo?... ¡ridículo!.... ¿Vale acaso el podrido embeleco social la vida de un semejante, aunque sea el más odioso de los vivientes? ¡Ah!... ¡Maloch existe aún!

Á esa voz que vibra en mi interior, se opone el grito pasional, siento fermentarse y hervir odios formidables en el pecho, y el deseo de venganza enturbia mi vista con los pliegues de su inmensa bandera negra.

Me embarga la voluptuosidad criminosa del malvado, ese placer turbio y punzante de los puñales, que se sacia en la sangre ante el cuerpo yacente y frente á los terrores del remordimiento.

¡Venganza!....

Diríase que en la bóveda solitaria de mi cráneo, treme y clamorea una campana que repica á muerto.

¿Debo tener la convicción de que ella es una miserable?

¿Creerla inocente?

¿Este papel puede en sana lógica arraigarme al convencimiento de su falacia?

¡No!... ¡No!... ¡No!...

¿Entonces, por qué estas gotas de fuego en mis mejillas? ¿el bronco bramido de mi pecho? ¿la agitación que se apodera de mi ser? ¿la tensión de mis nervios? ¿la fiebre que caldea mi cabeza? ¿el temblor de mis miembros?... ¡Oh! ella me engaña, ¡me engaña!... ¡Infame!... (Se oye un canto de mujer).; Aduerme al niño!... (brusca transición). Voy á verla, á arrodillarme á sus pies, á pedirle perdón por haberme atrevido á dudar de su amor...: (llega á la puerta y retrocede). No, si fuese verdad, adornaría mi vergüenza con el ridículo, entraría á prodigarle caricias, cuando tal vez ése, el otro, mi amigo, se esconde en algún mueble; entrando,

debilitaría mis certidumbres y ase-guraría su descaro; no lo haré; si el hombre cae, que sea como los gladiadores... ¿No es un luchador?... (con melancollía). Ayer estaba alegre, era venturoso, ahora soy desgraciado; pues bien, esa transformación que tan sensiblemente perturba mi organismo, significa que la veleta que marcaba mi suerte por buen rumbo, se ha desviado, ¡cualquier cosa! El aire que arrecia, la arenilla que desequilibra el fiel de la balanza, la gota de agua que hace rebosar el recipiente, las alas cárdenas del relámpago, que azotaron el espacio al desgarrar la nube tempestuosa; conclusión: el derecho de lo pequeño que por la ley evolutiva del movimiento se une á lo grande y lo transforma; total: nada.

¿Por qué apenarme?

¿Qué es la criatura ante el infinito? Una burbuja de agua para el bramante mar... ¿Porque hay aborrecimientos en mi pecho, dejará la tierra de girar sobre su eje?... ¡Mi cólera! la cólera insignificante del

mortal, ¿será capaz de perturbar la paz solemne de los cielos?... Si no pesamos nada en los destinos universales, si sólo somos mites que mueve el acaso á su antojo..... ¿Para qué hacer melodrama? ¡Es ridículo!..... La abeja y la hormiga, esas menudas obreras ¿aspiran por ventura á edificar una Babel?.... ¡No!.... ¡Es la ley!..... La concha debe pegarse á la roca, el ala extenderse, abanico de plumas, y volar.... ¡volar!..... (con ímpetu). ¡Pero si la razón es impotente! siempre esta duda clavada como un venablo en mi corazón.... ¿Qué fué de mi altruismo?.... ¿Soy tal vez un teórico ridículo?.... ¡Problema! ¡problema! (abriendo una ventana). ¡Qué tarde tan bella, tan rubia, tan tibial! ¡admirables crepúsculos de otoño! Dijérase que las nubes son los restos de una soberbia Hecatompilos, que se derrumba en los aires, es majestuosamente grande, ese sol que se apaga fulgente y espléndido, embozándose en tiniebla impenetrable, para preparar en unas horas negras, la

teogonía de la luz. ¡Oh! para comprender nuestra impotencia y mezquindad, basta remontar el pensamiento á los mundos que comienzan á brillar, transponer con la imaginación aquella frange carmínea, que ciñe las crestas de los montes con diadema de rubíes....

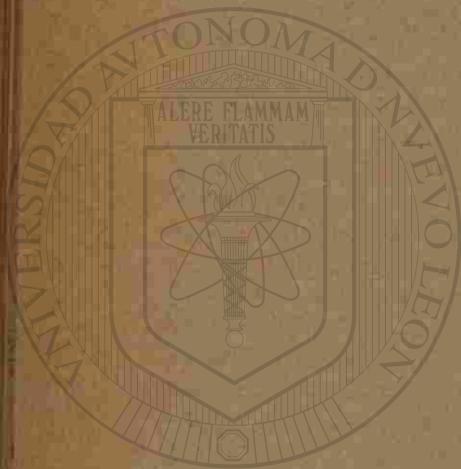
¡Contraste misterioso!

Aquí, revolviéndose como un manojo de reptiles las pasiones más bajas, los aborrecimientos más sangui-narios, las envidias más arteras, y allí, en el firmamento azul, impasible, sin manchas, con toda la tranquilidad del cosmos, la calma imperturbable, abrumadora, eterna.... ¡eterna en las eternidades!....

¿Será mentira?

¡Horrible incertidumbre!

¡Oh!.... ¡maldito! ¡maldito el que calumnia!



MUSCADIN.

Llegó al mundo como fruto de una unión realizada, según la frase de Víctor Hugo, por un tonto ansioso de hundirse en la miseria con una mujer al cuello, y cierta moza, de regular trapío, planta silvestre enfermada en el invernadero de la soltería, que vió en el matrimonio una carrera y se abandonó á él, soñando en realizar las ambiciones que acariciaba cuando célibe.

En el colegio de instrucción primaria (la única que sus progenitores intentaron darle) aprendió todo lo malo, y con su pereza sin igual apuró la paciencia del dómine, hasta que el buen hombre, fastidiado de palmetas y correctivos, lo expulsó vergonzosamente de la escuela.

Entonces, el autor de su existencia, mirando el porvenir del chicue-

lo reflejado en su propia biografía, y considerando que de él sólo podría obtenerse un mal empleado, pensó en la nómina, la insaciable parásita que había engullido á todos los varones de su raza; algún amigo habló del taller, ese noble elemento donde el trabajo puede convertirse en capital, y aquella proposición indignó al padre extraordinariamente. . . . ¿Cómo? . . . ¡Su hijo ennegreciéndose en la fragua, estropeando sus femeniles manos en el yunque, salpicado de aceites, embadurnado de hollín, confundido entre gentes ordinarias y obreros ganapanes, deshonorado. ¡Imposible! Semejante proposición era una injuria; ni estando loco la aceptaba, y con esa presunción estúpida de los humildes que tienen vanidades señoriles, resolvióse á amamantar los incipientes vicios del muchacho, dedicándole á las labores sedentarias y agobiantes del burócrata.

Franqueó las puertas del Palacio Nacional, esas bocazas del terrible dragón, la empleomanía, que devoran

hambrientas, energías, juventudes é inteligencias; entró inconsciente y dichoso para convertirse en el modesto asalariado, en una fuerza inútil debilitada por disciplinas rudas y obediencias jerárquicas, en la última rueda de aquella máquina trituradora de hombres, que estaciona todas las actividades ó las mata lentamente.

Llegó allí, para empolvase y envejecer entre los expedientes, padeciendo la sempiterna pesadilla del ascenso, ese legendario Mesías que tantas fiebres malsanas y diabólicos manejos provoca en la antesala del Ministro.

No correspondió á las risueñas esperanzas que cifraban sus padres en él. Descuidó puniblemente sus deberes, asistió á la oficina con impuntualidad desesperante, cortejó mozuelas de cortas faldas, contrajo pequeñas deudas y tuvo amiguitos perdularios, que no iban á la cátedra y andaban siempre á puñadas por las escuelas de niñas.

Cierta noche, ¡noche aciaga! los

cónyuges pasaron la velada entre disputas, camándulas y lagrimones, esperando al jovenzuelo que, gozoso de la emancipación definitiva, corría alegremente la primer parranda, de bracero á una perdida, y metiendo zambras por callejas y cantinas.

Desde esa vez, aquel calaverilla inició una vida de huelgas y desorden, escandalizando al vecindario con sus pillerías, haciendo verter copiosas lágrimas á la que en su seno le llevó, y exasperando al empleadillo que, aunque tarde, comprendió que su hijo descendía á un despeñadero, y consecuentemente debía estrellarse en la sima tenebrosa.

Fugóse de la paterna casa, para vivir en marital concubinato con una mujerzuela; unida ya su suerte á la de aquella Circe del pudridero, fué cliente á tabernas y bacanales, acreditando un valor dudoso en cien luchas de púgil con otros mozos tan haraganes como él; gastó lujo, vendiendo á precio vil las caricias de su compañera, fué algo como el Brummel de una sociedad abyecta,

el héroe de los bailes escandalosos, y el Don Juan de las traídas y llevadas.

Desde entonces su vida tiene muchas metamorfosis: en el día, es un falso *boulevardier*, paséase en la calle de San Francisco cuidadosamente acicalado, fijando sus vidriosas pupilas en los coches de alquiler en cuyos chorreados cojines se recuestan mujeres gastadas por el vicio que exhiben su provocante atavío con desverguenza inaudita.

Al atardecer, cuando la postrera claridad diurna desfallece al tramontar el hemisferio el sol, y las estrellas en raudo enjambre comienzan á chispear en el zafir ensombrecido del espacio; á esa hora, en que apagada tras montuosa lontananza la última hoguera del día, se iluminan las deslustradas esferas de mil focos de luz, el holgazán, instalado en los dinteles de Iturbide ó la *Maison Dorée*, se convierte en lechuguino insubstancial, en el amanerado *crevé* que habla fuerte, fuma tabaco, lo calumnia todo, escupe como un ebrio, mortí-

fica á las damas que pasan, y saluda á sus amigas con vocablos de taberna.

Ya avanzada la noche, corre á inmunda callejuela, y allí escandaliza, riñe y se emborracha estúpidamente, esperando á su amante junto á una puertecilla entreabierta que arroja por su abertura un chorro de rojiza luz, cauda dorada que se aventura en la sombra anunciando una casa de mal vivir al transeunte que sale excitado de cualesquier teatro por horas.

Allí es el *souteneur* revolcándose en las más horrosas degradaciones, el cínico que ha perdido todas las emulaciones nobles, un ser nocivo que prestará mañana un poderoso contingente á la siniestra legión que con trabajo de roedor, procura el derrumbamiento de la sociedad taladrando incansable sus cimientos.

INDICE.

	Páginas.
Un Desencanto	5
La Coqueta.....	21
El Delito.....	33
Juan	133
Noctivaga.....	143
De Viaje.....	151
Confesión	169
El Ratero.....	191
La Duda.....	197
Muscadín	213

